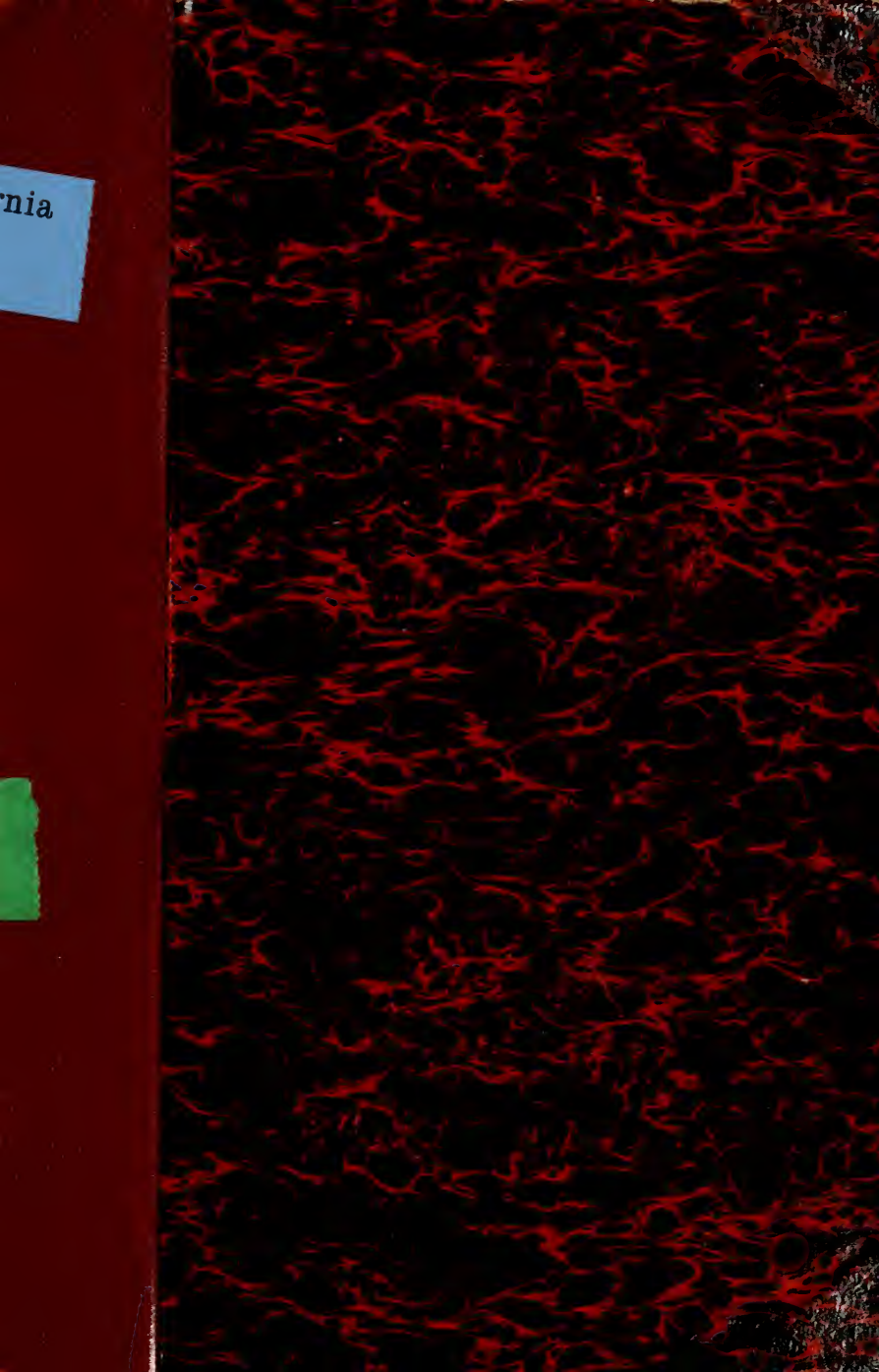

rnia

A. Santamarina
B. 44 T. 1
N.º 31

1120

F. ARMESTO

MITRISTAS

— Y —

ALSINISTAS

(1874)

BUENOS AIRES
«ALSINA» - EDITOR - Victoria, 1287
1914

MITRISTAS Y ALSINISTAS

(1874)

F. ARMESTO

MITRISTAS

— Y —

ALSINISTAS

(1874)

BUENOS AIRES
«ALSINA» - EDITOR - Victoria, 1287
1914

MITRISTAS Y ALSINISTAS

1874

I

La definitiva organización nacional, de que hoy gozamos, no se obtuvo, sin que intervinieran como factores, los hombres más eminentes, que después de mediados del siglo anterior, han figurado en nuestro escenario político, desarrollándose su acción no sólo en el atrio electoral, sino en la protesta armada, que de los cantones de la ciudad llegaba hasta el campo de batalla.

1823317

Esta ciudad de Buenos Aires, en su doble carácter de asiento de las autoridades de la Nación así como de capital de la Provincia, era el centro principal donde las referidas luchas se han desarrollado, lo que obligaba a los políticos y a todos sus habitantes, a vivir en continua preocupación electoral, puesto que; terminada una elección nacional, debían preocuparse de otra provincial, y así constante y sucesivamente.

Esta doble situación política, con sus molestas y peligrosas consecuencias, era un problema de trascendental importancia, que embargaba la mente y la acción de los estadistas de la época, y su resolución, provocó en el

pueblo las más variadas y encarnizadas controversias.

Ya durante el gobierno provisional del general Mitre, fué sostenida por éste, la federalización de la provincia de Buenos Aires, llegando el congreso, por requisición del poder ejecutivo, hasta sancionar una ley, por la que se federalizaba todo su territorio, por el término de cinco años, vencido el cual, una nueva sanción resolvería en definitiva.

Como esta ley debía ser sometida a la legislatura de Buenos Aires, donde predominaban elementos opuestos, bajo la denominación de los *crudos* o *autonomistas,* fué rechazada, después de un memorable debate, en que la atacaron con vehemencia va-

rios distinguidos oradores, entre ellos, el jefe de éstos doctor Adolfo Alsina, Manuel Quintana, Montes de Oca, Gorostiaga, etcétera.

Los partidos antagónicos que durante la presidencia de Mitre, figuraban siempre en toda elección como enemigos mortales, eran los *crudos y cocidos,* rama los primeros, del partido liberal, y bajo cuya bandera se cobijaban muchos hombres de origen federal o *rosín,* que trataban de encarnarse con las nuevas ideas.

En esas frecuentes luchas, en que predominaba la ley del más fuerte, y en que no existía padrón electoral, no siempre obtenía el triunfo el partido que más elementos tenía, pues los venci-

dos asaltaban las mesas, y muchas veces, después de un *sálvese quien pueda,* quedaban dueños del campo, o sea de la elección, que arreglaban a su antojo.

II

Uno de estos episodios políticos, muestra hasta donde llegaba el encarnizamiento con que se luchaba en esa época. Su escenario fué la iglesia de la Merced, que por ser el centro más aristocrático de la ciudad, convergían a él los elementos de mayor valía cuyo predominio se quería a toda costa conservar, pues el triunfo de esta parroquia, era por su influencia social, poco menos que decisivo para las demás.

Como antes hemos dicho, no había inscripción electoral y si

la había ésta era muy deficiente de ahí, que los votantes lo fueran en todos, o la mayor parte de los comicios. No existía joven de alguna posición, que no tuviera su buen caballo, y el que no lo tenía, lo alquilaba en una de las caballerizas más conocidas como ser: Colins, Malcolm, Cabral o Saavedra, y así se veían vistosas cabalgatas, en que caballeros de la primera sociedad capitaneaban sus partidarios, haciéndoles recorrer la mayor parte de las iglesias.

Las fuerzas de caballería servían igualmente, para enviar a las otras parroquias pedidos de refuerzos, que eran trasportados en toda clase de vehículos.

El tener mayoría de escruta-

dores(cuando las mesas no eran atacadas) significaba el triunfo electoral, por lo que no llamó mayormente la atención aun cuando *La Tribuna* le diera gran resonancia, el casual encuentro efectuado por Mariano Varela, en un coche de plaza, de un paquete de papeles manuscritos, que resultaron ser los registros de una elección anticipadamente terminada, y cuya letra era, según decían del doctor Carlos Tejedor, y en que figuraban hasta los muertos.

Volviendo a nuestro episodio en la iglesia de la Merced, se trataba de una simple elección municipal con Mezquita como candidato, antes de la de Sarmiento, y cuando los ánimos empezaban

a enardecerse con la próxima elección presidencial. Uno de los partidos era dueño de las mesas y con semejante fuerza, no omitió medio por más fraudulento que el fuera, para ganar la elección. Hacer votar en su favor a los vivos y a los muertos, rechazar el voto de los caballeros más conocidos de la sociedad, dando como pretexto, que no justificaban su personería o que sus domicilios eran falsos, permitir en cambio, que un negro votara con el respetado nombre de don Emilio Castro, y demorar la inscripción de los votantes contrarios, para mantener la apariencia de elementos, hasta que llegara la hora de clausurar el comicio, era el *A, B, C,* de la cartilla electoral de aquel tiempo.

III

Fué tanta la indignación de los vencidos, que como era de práctica en semejantes casos, trataron de atacar las mesas; pero los vencedores que ya habían sido prevenidos, introdujeron gran cantidad de elementos de su partido, y unos en las galerías de la iglesia y otros en el techo, trataron de reprimir el ataque, haciendo caer una lluvia de cascotes sobre los asaltantes.

Las pistolas y demás armas portátiles de fuego, eran patrimonio de los ricos, y el revólver

todavía muy imperfecto, por lo que, la lucha, quedó casi librada al simple y primitivo cascote, pues se peleaba a distancia, y el arma blanca se reservaba para los entreveros.

Los sitiadores, mucho más numerosos que los sitiados desempedraban la calle y se hacían trasportar del Bajo, hoy Paseo de Julio, ponchadas de cascotes, mientras que éstos arrancaban los ladrillos de los muros y cuanto tenían cerca, dejando sin un azulejo, la cúpula de la iglesia.

Frente a ésta, en la esquina que mira al sud y este, existía aún el teatro Argentino, en la esquina que ocupa actualmente el Banco Español, se encontraba el «Hotel de la Paix», a su lado

en la casa que después fué de don César Favier, la casa amueblada «El Ancla Dorada» todos estos locales, con o sin la voluntad de sus ocupantes, eran refugio de las huestes enemigas, y desde allí, como desde la torre de la iglesia, se hacían certeros impactos, en la cabeza y ojos de los guerreros de ambos partidos que ni los frascos del *Pronto Alivio,* ni los del *Oppo del Do,* lograban curar.

En una cuadra de circunsferencia, no quedaba un vidrio entero, como entero no quedó tampoco, ninguno de los combatientes.

Fué tan rápida la acción de los crudos al anuncio del ataque de sus contrarios, que no todos

los suyos al cerrarse las puertas, pudieron entrar al interior.

De este número fué Dardo Rocha, aun muy joven, que acudió allí avisado de que sus amigos iban a ser atacados, y dándose cuenta, de que la antigua puerta grande de la sacristía que caía al atrio, estaba mal cerrada, se paró delante de ella para protegerla, recibiendo una recia pedrada en el pecho, cuya marca, le acompañó bastante tiempo después.

Por esta puerta, los agresores habrían podido penetrar a la sacristía, y de allí era fácil pasar al claustro, por donde se subía a la azotea.

Aquellas luchas, casi cuerpo a cuerpo, en que sitiados y sitiado-

res se cambiaban mutuas injurias, tenían mucho de los legendarios combates de la Edad Media, en que la palabra acompañaba a la acción.

Según el antiguo vocabulario de nuestras gentes del pueblo, junto con un cascotazo, salía a relucir el honor de la mamá del agresor, mezclado al nombre de diferentes hortalizas, y acompañado de las palabras con que inició su célebre frase, el mariscal Cambronne.

IV

Fué tal el estado de destrucción del techo y cúpula de la iglesia, que algunas distinguidas y piadosas matronas de la parroquia, cotizándose, contribuyeron a su refacción, entre ellas: la señora Juana Tejedor de Obligado, que envió una fuerte limosna al señor cura, como desagravio por la parte que sus nietos Pastor y Manuel, habían tomado en ella.

Hay quien recuerda aún, la arrogante figura de José C. Paz, parado sobre el muro que forma ángulo con el colegio de Huér-

fanas y el atrio de la iglesia, apostrofando a los asaltantes por una parte, animando a los suyos por otra; pero siempre temerario y despreciativo del peligro, que para él, no se reducía sólo al del simple cascote, sino al de las armas de fuego, pues apuntándole, se le hacían repetidos disparos, no sólo desde la calle sino desde el balcón de la esquina, tercer piso del Hotel de la Paix, donde entre otros, se encontraban Miguel Martínez de Hoz, Juan Chasaing y Manuel Argerich.

También nuestro bravo general Garmendia, entonces teniente y quien había interrumpido sus estudios universitarios para abrazar la carrera militar, también, decimos, escapó de las balas que se le dirigieron.

Intimo amigo del doctor Paz y del doctor Alsina y su correligionario político, cada vez que su partido entraba en liza, como en aquella ocasión, Paz encargaba a Garmendia que trajera su turba, calificativo con que designaba a un grupo de siete u ocho ex-soldados del Batallón Castro, de las campañas de Cepeda y Pavón, a los cuales capitaneaba el cabo Leonardo Gómez, inmortalizado por el mismo Garmendia en sus «*Cuentos de Tropa*» y por el general Lucio V. Mansilla en su «*Excursión a los indios ranqueles*».

Ese día Garmendia, a quien acompañaba Antonio Santamaría y rodeado de su grupo de valientes, había quedado en el atrio,

puesto el más peligroso y avanzado, desde donde se proponían repeler cualquier ataque que se dirigiera contra sus amigos.

Los contrarios cuya mira era violentar las puertas, necesitaban desalojar aquel grupo de valientes que se lo estorbaba, y de ahí, que se resolviera un ataque contra ellos, de cuya dirección se encargó a Sebastián Casares. En medio de dicho ataque, que fué rechazado, le dispararon seis tiros seguidos al teniente Garmendia, los que felizmente no le hirieron; pero sí le rompieron el puño de marfil, del bastón de estoque que empuñaba.

V

El bravo Sebastián Casares, hoy coronel del ejército e íntimo amigo del general Garmendia, era uno de los más encarnizados contra nuestro teniente, felizmente éste salió ileso, conservándose la vida de uno de los militares más queridos e ilustrados de nuestro ejército.

Hubo un momento de tregua y dejando el Hotel de la Paix donde se encontraban Martínez de Hoz, Chasaing, Argerich y el general Hornos, bajaron acompañados del general Gelly, como

mediador, a celebrar una entrevista con sus contrarios.

Los esperaba en el atrio: Pepe Paz, acompañado de Santamaría, Dardo Rocha y otros. Al iniciarse la conferencia, produjose un altercado entre el general Hornos, y el teniente Garmendia, que pudo ser de lamentables consecuencias, sin la oportuna intervención de Martínez de Hoz, que se puso en medio de ellos quedando terminado el incidente.

Desde ese día unió a Martínez de Hoz y a Garmendia, la más íntima y estrecha amistad.

Bernabé, Eduardo y Enrique Quintana, hijos de Misia Pepa Callejas, quien como tenía su casa inmediata, Corrientes y Reconquista, atendía y curaba cual-

quier herido que se le llevara, Julio Núñez, Oscar Laserre, Estanislao del Campo, Pastor Obligado, Eliseo Acevedo, Miguel Navarro Viola, Miguel Estévez Seguí, Amadeo Benítez, José Cándido Galván, Lucio Mansilla, Ricardo Lavalle, el médico Albarellos, Tulio Méndez, Juan Angel Molina, José Lino Lagos, los de María, Gutiérrez, Varela, Miguel Villegas y tantos otros, formaban la pléyade de jóvenes políticos de la época, los que dieron su sangre y su fortuna, consagrándose por completo a la obra de organización nacional, de cuyos beneficios nosotros gozamos.

En estas cruentas y encarnizadas luchas, *El Nacional, La Tribuna, El Pueblo,* etc., echaban

fuego a la hoguera, con sus virulentos artículos, enardeciendo aún más de lo que lo estaban, el ánimo de los combatientes.

VI

Terminado el primer período de gobierno constitucional que le tocó desempeñar al general Mitre, le tocó también, a este gran ciudadano, el honor de dar el primer ejemplo de prescindencia electoral.

Entre los candidatos que se disputaban su sucesión figuraban don Domingo Faustino Sarmiento, cuya candidatura fué iniciada por el entonces coronel Lucio V. Mansilla, entre los jefes del ejército del Paraguay, los que suscribieron un compromiso para

sostenerla, y el doctor Rufino de Elizalde, miembro de su gobierno y uno de los hombres de sus mayores afecciones, y el general Mitre, no sólo no favoreció su candidatura en lo más mínimo sino que, ofreció a Sarmiento, entonces ministro en los E. U. de Norte América, el ministerio del interior, a fin de demostrar con este acto, su imparcialidad, lo que Sarmiento no aceptó.

Triunfó de sus competidores, la fórmula Sarmiento-Alsina, y es digno de recordar, el relato de un cronista de la época que dice: «Don Valentín Alsina, presidiendo la sesión del Congreso en asamblea, a mediados de agosto de 1868, proclamó presidente electo, en virtud del escrutinio

practicado a Sarmiento, y al llegar a la proclamación del vicepresidente, el antiguo gobernador de Buenos Aires, presa de una viva emoción, debió ceder a otro su puesto, pues no acertaba a pronunciar el nombre del ungido por casi igual número de sufragios; era este su hijo Adolfo Alsina, que integraba así la fórmula, como un reconocimiento que las provincias hicieron de la influencia de Buenos Aires».

Ya fuera que Sarmiento no tuviera partido propio, o que el tiempo, la más eficaz medicina de los males, apaga los odios y suaviza las pasiones, bajo su gobierno ilustrado y progresista, las luchas políticas perdieron mucho de su salvaje encarnizamiento, adqui-

riendo una forma más en armonía con nuestra creciente y rápida civilización.

Mucho debieron influir también los hombres eminentes con que formó, su ministerio, en el que figuró su íntimo amigo el doctor Dalmacio Vélez Sarsfield, el doctor Mariano Varela, Nicolás Avellaneda, José Benjamín Gorostiaga y coronel Martín de Gainza, actuando después, los doctores Uladislao Frías, Carlos Tejedor, Luis L. Domínguez, Juan C. Albarracín y Santiago Cortínez, todos los que dejaron honda huella de su acción parlamentaria y administrativa.

VII

El gobierno de Sarmiento, será recordado siempre como uno de los más ilustrados y progresistas que ha tenido el país.

Las escuelas naval y militar, las normales y comunes, multiplicadas éstas, en todo centro civilizado, la implantación del Código civil de Vélez Sarsfield, la fundación de nuestra armada, organización del ejército, fomento de los ferrocarriles, y tantas otras iniciativas de patriótico y trascendental interés, que han hecho afirmar a un reciente his-

toriador que: «ninguna institución hay en el país, que no conserve señales de aquel gobierno».

Esto no fué inconveniente para que algunos años después, fuera vencida la candidatura de Sarmiento, para municipal, en la parroquia de San Nicolás, por la de el señor Otto Recke, boticario de la esquina de Corrientes y Libertad.

Pero de todas las iniciativas de esta histórica administración, de toda su peculiar honradez, que no otra cosa pudo esperarse, de los hombres que compusieron aquel gobierno, sobresalió su política interior, que terminó de estrechar los lazos, que aun débilmente unían a la metrópoli, con las provincias del interior.

Debido a ella, a esa sabia política, se obtuvo un cambio radical en la situación del país.

A la elección del año 68, concurrieron, los autonomistas, los federales rosinos y unitarios porteños, así como el urquicismo, provincionalismo o federalismo, que todos esos títulos tuvieron desde Caseros, al aproximarse la elección del 74, ningún candidato de ese color político surgió, cuando con diferencia de sólo seis años y con Urquiza como jefe, tanto pesaron en la elección anterior.

Muchos de esos elementos dispersos, persuadidos de nuestra definitiva unión nacional, eligieron en este mismo gobierno de Sarmiento, uno de sus ele-

mentos más ponderados; al doctor Nicolás Avellaneda, ministro de justicia y culto, y en él encarnaron sus aspiraciones, haciéndolo su candidato para la próxima elección presidencial.

Avellaneda no era de los suyos, pues por los antecedentes de su nombre esclarecido, y por sus propias ideas, respondía únicamente a la unitaria tradición; pero ellos, convencidos de que su poderío había terminado, renunciaron a toda idea de predominio, contentándose con que gobernara uno de los primeros y más brillantes hombres del interior.

Hemos dicho, que durante el gobierno de Sarmiento, las pasiones políticas se suavizaron,

pues él fué conductor eficaz, de la corriente de progreso y civilización, que en aquel período invadió el país, y especialmente a esta ciudad; pero ello no quita que el término de su mandato, fuera el más agitado de los que hasta la fecha, se pueda recordar.

VIII

Aparte de la candidatura Avellaneda, levantáronse las de dos colosos de la opinión en esta capital, ellas fueron: la del brigadier general Bartolomé Mitre y la del doctor Adolfo Alsina.

El general Mitre, con todos sus antiguos prestigios, su brillante acción nacional y cuyo nombre por sí sólo, era un programa de patriotismo, integridad y honradez, contaba con todo el elemento conservador, en que figuraban la mayor parte de los primeros y seculares apellidos de Buenos Aires.

El doctor Alsina, campeón de los viejos fueros porteños, ex-gobernador de la provincia, y entonces vicepresidente de la Nación, atraía hacia sí, las simpatías de todos aquellos que sostenían, el predominio de esta provincia sobre las demás.

Mitre, contaba con la mayoría de los sufragios de la primera sociedad porteña; Alsina, con las simpatías populares, entre cuyas filas siempre había figurado.

La juventud estudiantil, los intelectuales, la muchachada bulliciosa y expansiva, simpatizaba con Alsina, para quien hombre soltero, de apostura varonil y tribuno popular, era su ídolo.

Era tal su popularidad, que gentes del pueblo, y de humilde

condición social, querían verlo, hablarle, tocarlo y lo esperaban donde fuera posible conseguirlo. Para sustraerse a tales manifestaciones, el que esto escribe, lo ha visto entrar y salir de su casa, calle de Potosí, acurrucado en el fondo de su carruaje, para hacer creer que el coche salía o entraba desocupado.

Del Campo decía, criticando lo difícil que era comunicarse con Alsina: «Uno le escribe y no contesta, cuando contesta no se le entiende, y cuando uno lo va a ver no está».

Sin embargo, dió con él, un día que estaba en conferencia secreta con el doctor Guillermo San Román, conocido a causa de su chata nariz, con el apodo de

el ñato San Román. Como la conferencia se prolongara por más de hora y media, escribió al dorso de una tarjeta, la siguiente cuarteta, que le envió a Alsina:

Esperan los infelices,
Y ya cansándose están,
Del vis a vis de narices
De Alsina y de San Roman.

Esta vez, podemos asegurar, que fué inmediatamente recibido.

♠
♠ ♠

IX

El mundo social, las familias y sus reuniones más distinguidas, eran trasunto del comité electoral, y ni las damas se sustraían a la política, siendo ellas, por la gran simpatía que en su mayor parte le tenían, las principales propagandistas de la candidatura Mitre.

Entre los jóvenes de sociedad eran muy comunes los San Pedro que negaron a Cristo, pues se necesitaba ser más que guapo, para confesarse alsinista, ante algunas mitristas y encumbradas señoras.

¿Quién sería el animoso que así se declarara, en los salones de Ventura Scutti (don Basilio Salas), don Francisco Chas, Peña o Elortondo?

Los clubs del *Progreso* y del *Plata,* eran hervidero de discusiones, y fué necesario que sus comisiones directivas incluyeran en sus reglamentos, la prohibición de tratar cuestiones políticas en sus recintos.

A ellas debió el club de *Los Negros* su disolución, pues, si porque pasaba frente a su local una manifestación mitrista, o por si era una alsinista y sus respectivos partidarios, socios de la institución, se adherían desde sus balcones ostensiblemente a ellas, salieron a relucir estoques,

sin que se produjera nada grave, sino la división de sus asociados, y como antes dijimos, su disolución.

Así terminó aquella simpática sociedad, la que como el *Progreso del Plata,* los *Negros del Plata, Habitantes de la Luna, Habitantes de Carapachay* y *La Africana,* salió de los corsos de carnaval, y en las cuales figuró la primera juventud porteña.

Las boticas, centro de antiguas reuniones, Amoedo, frente a la Concepción, Giovanelli, San Martín y Corrientes, Cranwell, Reconquista al lado del actual Banco Español, la de Torres, Defensa frente a San Francisco, Toledo, Piedras y Belgrano y lo de Eastman, también Defensa

junto a la esquina de Victoria, eran centro de las más animadas discusiones, sin contar la de Benjamín Canard, calle del Parque y Artes, donde los alsinistas, como los Barros, Faustino Jorge, Miguel Victorica, del Campo, Carlos Carranza y tantos otros, desarrollaban sus planes más ardientes y ensayaban los discursos, que se proponían pronunciar en la próxima reunión de la legislatura provincial.

X

Hasta el *Banco de las camelias,* pintoresca expresión, con que el público había bautizado el asiento circular, que en la plaza del Parque, habíase hecho construir, un grupo de viejos más o menos alegres, los que en agradable tertulia, se reunían todas las tardes de verano, estaba alborotado.

Ya no se ocupaban de las jovencitas que pasaban, la política los embargaba por completo, y allí se pronunciaban arengas, en *mi bemol,* que espeluznaban a

los paseantes, muchos de los cuales detenían el paso, para escuchar a aquellos oradores al aire libre, formando una improvisada barra, que más los enardecía, cuantos más eran los que escuchaban.

Don Luis Elordi, don Mateo Martínez, el coronel Conesa, don Juan Carranza (a) *niño Dios,* don José Victoriano Cabral, Miguel Beccar, don Carlos Ristorini, don Agenor Chenaut, don Orestes Olazábal, don Melitón Medrano, don Jacinto y Manuel Aráoz, coronel Bustillo, don Goyo Guerrico, Nicanor Elejalde, Plaza Montero, Rufino Montaña y muchos más, formaban aquella especie de sociedad del *Banco de las camelias,* popularizados y

queridos, pues el que más y el que menos, había, en una forma o en otra, prestado importantes servicios al país.

La librería de Casavalle, la sastrería de Descalzo, el almacén de Rey, mercería de Infiestas, fotografía de Pozzo, tiendas de Iturriaga, Emilio Giménez, Carlos Romero, Bolar, Sosa, familiarmente conocido por *cabezudo,* Bonorino, Durañona, Calderón, Casal, etc., las sombrererías de Manigot y Pedro María Moreno, los registros de don Pancho Bustamante, Blaquier, Martín Berraondo, Chaila y Hueyo, el remate de Balbín y Plows y de Bullrich, que entonces estaba situado en la calle Piedad donde se encuentra actualmente Gath

& Chaves, el escritorio de los Unzué, donde además de don Saturnino, Mariano y Santos, se reunían don Agustín y Serapio Zemborain, los Grondona, don Justo Piñero, don Antonio Armesto, Enrique Perisena, Francisco Alcobendas y muchos más, que en la antigua casa de Solís y Rivadavia, formaban su diaria tertulia.

A la salida de los teatros, el café de la Armonía, de París y el de Catalanes, todos estos eran pequeños clubs, donde se hacían animadas tertulias y se discutía, dominando en ellas, los nombres de: Mitre y Alsina.

Con toda esta popularidad, y los elementos con que se contaba en esta ciudad y provincia de

Buenos Aires, no fué el triunfo, ni de los mitristas, ni de los alsinistas, pues sobre todo los últimos, faltos de base en el interior, se unieron a la candidatura Avellaneda.

XI

A todo esto, funcionaba en esta ciudad un anémico comité avellanedista, que suplía su falta de elementos, con la campaña iniciada por su presidente, el batallador Pepe Paz. Este, entregado a la tarea de popularizar su candidato, lo hacía con la vehemencia e impetuosidad que acostumbraba imprimir a todas sus empresas políticas.

Su órgano era *La Prensa,* recién fundada, desde donde lanzaba sus rayos, en lucha con los Gutiérrez desde *La Nación,* los

Varela con *La Tribuna,* Bilbao con *La República, El Nacional* con López, Cané, del Valle, Piñero, Dardo Rocha y otros, *La Verdad,* con José María Cantilo y Bartolomé Mitre y Vedia, sin contar *El Mosquito* de Stein, y donde fuera de sus intencionadas y picantes caricaturas, colaboraba Estanislao del Campo, Wilde, y otros escritores de nota, que como todos los anteriores, eran adversos a la candidatura de aquel advenedizo, aquel chingolo, como se le decía, que pretendía colarse entre los dos ídolos de la opinión porteña.

El arma más generalizada contra la candidatura Avellaneda, fué el ridículo, y aquel gran estadista, que afianzó el

crédito del país, fomentó la inmigración, y la exportación de nuestros productos, que dió capital a la nación, que artista en el poder, impulsó y aumentó nuestra cultura nacional, haciéndonos ocupar un lugar en el mundo civilizado; fué, durante esa lucha electoral, ridiculizado por el público porteño, porque usaba tacos altos, y al caminar se oprimía el estómago.

Y aquel espíritu selecto y superior, aquel príncipe de la palabra, era caricaturado, remedado y parodiado, siendo muy común en carnaval, que cualquier jocoso, se disfrazara de Avellaneda, y se fuera a echar discursos, en medio del *can-can* de los teatros.

Con todo, triunfó de los dos grandes partidos porteños. El uno, el de Alsina, lo repetimos, retiró su candidatura en favor de su exministro en el gobierno de la provincia; se dijo entonces que fué un pacto, lo que años después desmintió Avellaneda, diciendo: que había sido sólo una abnegación.

Sin embargo, un testigo de la conferencia tenida entre aquellos dos grandes hombres, recuerda: que aceptadas ciertas mutuas condiciones que un secretario redactaba, Avellaneda dijo a Alsina: «doctor, esto no debemos escribirlo». A lo que Alsina, con ademan caballeresco, y como única contestación, rompió el papel.

Aquellos dos grandes hombres políticos, que por tan diversos caminos habían llegado a la cumbre de sus aspiraciones, hacía poco que se encontraban en buena amistad, pues, ésta, durante varios años, había estado interrumpida.

Amigos ambos del doctor Dardo Rocha, asistieron a su casamiento, la noche del 23 de agosto de 1873, y allí, a pedido de aquel, olvidaron sus resentimientos, y unidos en fraternal abrazo, resolvieron reanudar para siempre, su estrecha y antigua amistad.

Aquel acto, que debía ser de trascendental importancia, dada la talla política de ambos personajes, fué exteriorizado y co-

mentado por los asistentes a la fiesta, y al día siguiente al ser descripta esta por los diarios, la titulaban: *El doble casamiento de la noche anterior.*

XII

No podemos, aun cuando este relato sea tan superficial, en cuanto a la historia se refiere, no podemos, decimos, resistir al deseo de dar algunos detalles que refresquen la memoria de los que en aquel tiempo actuaron, y sean conocidos de los que vinieron después.

El 6 de agosto de 1874, fué convocado el Congreso en asamblea, para practicar el escrutinio de electores de presidente y vice.

Sorteados cuatro de sus miembros para formar la comisión

encargada del escrutinio, fueron designados por la suerte, los senadores Quintana y Bustamante, y diputados, López y Rivera. Practicado éste, se dió lectura del resultado que fué el siguiente: 146 votos por la fórmula Nicolás Avellaneda-Mariano Acosta y 79 por la de Mitre-Torrent.

La mayoría de los votos de la fórmula vencida, fueron los de la provincia de Buenos Aires, donde el veredicto de la opinión ungió a su gran candidato el general Mitre. En cuanto a la lista de electores, por la que tantos sacrificios se realizaron, pues en ella se encarnaban las esperanzas y aspiraciones de una gran parte de este pueblo, que era vencido y vencedor al mismo

tiempo, estaba compuesto de los siguientes nombres, patricios en su mayor parte.

Electores de presidente y vice.—Anacársis Lanús, José de los Valles, Sebastián Casares, Felipe A. Llavallol, Francisco Chas, Joselín Huergo, Florencio Garrigós, Joaquín Cazón, Juan J. Lanusse, Hortensio Méndez, Francisco C. Molina, Belisario Roldán, Serapio Zemborain, Anacleto Pinto, Angel G. Méndez, Juan A. Argerich, J. A. Sáenz Valiente, Facundo Quiroga, Lino Lagos, Ezequiel Ramos Mejía, Pedro Fragueiro, Manuel J. Ocantos, Sandalio Boer, Manuel Benítez, Norberto Quirno, Reinaldo Otero, Juan Beyoda, Juan G. Peña, Federico

Llosa, Nicolás Herrera, Antonio Parejas, Ramón Ceijas, Mariano Castex, Eleuterio Mujica, Mariano Fernández, Julián González, Carlos Rodríguez, Bartolomé Vivot, Ignacio Correa, Valerio Galarce, Octavio Fernández, Bernardo Iturraspe, Gabino Cueli, Lucas Lugo, Ezequiel Zapiola, Gil Tapia, Juan A. Figueroa, Diego González, Ambrosio P. Lezica, Mariano Unzué, Jacinto Malbrán.

Los mitristas pusieron el grito en el cielo, declarando esa elección, fruto del más descarado fraude, y según palabras del candidato vencido: «*el resultado de la liga inmoral de los gobiernos usurpadores del voto público*». A estas protestas se unió la

de Pepe Paz, expresidente del comité avellanedista, quien no perdonó a su candidato, que se hubiera aliado a sus tradicionales enemigos.

XIII

La fecha de la recepción del mando se acercaba, estábamos sólo a un mes del 12 de octubre, y Avellaneda se encontraba, si no huérfano de opinión, porque siempre han existido los grandes y entusiastas partidarios del éxito, por lo menos, falto de ambiente social. El, era rama de ilustre progenitura, estaba unido a una de las damas más distinguidas y caritativas de la sociedad porteña, quien por su familia, talento, e ilustración, era su más digna y virtuosa

compañera, ministro de Alsina, en el gobierno de la provincia, primero, y de Sarmiento después, debía ocupar con los suyos, lugar bien prominente en esta sociedad; pero el cisma que en ella existía, la guerra que la mayor parte de nuestras principales familias, hacían a todo lo que no era mitrista, colocaba al presidente electo y a su pobre partido, que para colmo se había unido a los alsinistas, los colocaba decimos, en la situación aparente, de parias de este mundo social.

Como esto no era cierto, como había muchas antiguas y distinguidas familias, cuyos jefes estaban afiliados al partido triunfante, era necesario hacer una

gran manifestación social, con la cual se comprobara el lugar que en ella ocupaba el nuevo presidente. Para llenar este objeto se proyectó dar un gran baile.

No podía pensarse que éste tuviera lugar en un club, donde las opiniones políticas eran muy diversas, en sitio público, como el Coliseum o el teatro Colón tampoco; era necesario una casa particular; pero éstas no abundaban en las condiciones de magnitud, lujo y comodidad, que la grandiosidad de la fiesta requería.

Fué entonces que el señor Andrés Egaña, acaudalado estanciero, que además de haber sido de los más decididos partidarios

de la candidatura Avellaneda, era uno de sus íntimos amigos, ofreció dar en su casa aquel gran baile, aquel plebiscito social, que debía mostrar, ante propios y extraños si el nuevo presidente y su partido estaba divorciado o nó de la alta sociedad porteña, o si sólo de una parte más o menos importante de ella.

XIV

La casa del señor Egaña todavía existe, puede aún vérsele, convertida en administración de la lotería nacional. Humillada, pero no vencida, por el burocrático servicio que actualmente presta, puede tener el consuelo, de que ella fué un día, centro de la atención y el interés de todo el país, y que por algunas horas albergó en su seno una de las situaciones políticas más poderosas y al mismo tiempo más combatidas entre nosotros, y que muchos de los hombres públicos

que en la memorable noche del baile poblaron sus salones, son figuras históricas de que legítimamente nos sentimos orgullosos.

La magnitud del edificio respondía al estilo entonces usual, entre los hombres de fortuna netamente criollos, y cuyos negocios de campo, les obligaba a efectuar frecuentes viajes a la campaña. La gran puerta de calle y ancho zaguán, eran de rigor, a fin de permitir la cómoda entrada de la volanta para la familia y el tílburi del señor, con que hacía frecuentes excursiones a los corrales viejos o de Miserere, para darse cuenta del estado en que habían llegado sus tropas de hacienda.

Los dos grandes patios, ambos toldados, y los ocho espléndidos salones, daban capacidad para albergar en su interior una numerosa concurrencia, sobre todo, si se tiene en cuenta, que el Buenos Aires del año 1874 no era el actual de 1914, con su millón quinientos setenta mil habitantes, pues sólo contaba entonces, con la modesta suma de doscientos veinte mil.

XV

Las diez de la noche del sábado 5 de septiembre de 1874, habían sonado y ya, una larga fila de coches, dando tumbos en el primitivo empedrado común de que estaba cubierta la calzada, y en cuyo centro unas gruesas y desiguales piedras, formaban el arroyo, se detenían ante el amplio portal de la casa del señor Egaña, depositando en sus umbrales los primeros grupos de invitados que iban llegando. Traspuesto el zaguán, cerrado por una pesada cortina de felpa

carmesí, la concurrencia seguía al primer patio donde se había situado el *toilette* de señoras, y en el segundo, el de caballeros.

Los salones profusamente iluminados con arañas y brazos de gas, hacían un *espléndido* efecto.

El doctor Irigoyen, en una de sus interesantes *causeries,* criticando el exceso de luz, que cada vez es mayor entre nosotros, decía: que en su tiempo cuando en una casa particular se daba una fiesta, como era muy raro que hubiera araña de velas, se colocaba un par de candelabros de cinco o seis bujías cada uno, sobre la chimenea y algunas veces otro sobre una repisa, o una lámpara de aceite; pero en este

caso, como el alumbrado ya era profuso, le llamaban iluminación *a giorno*.

Entre el alumbrado descripto por don Bernardo, y el de lo de Egaña, había una gran distancia, la misma quizá, que entre las pobres luces de los antiguos y amarillentos picos de gas, y nuestras brillantes y numerosas lámparas de cincuenta bujías, filamento metálico, con que hoy se deslumbra en nuestras fiestas; con todo, era entonces lo mejor que había, y la concurrencia al baile como antes decimos, lo encontraba espléndido.

Flores había por todas partes; aun existía la costumbre, hoy muy descuidada, de que los invitados a una fiesta, se creyeran obligados a enviar un ramo.

Dordoni, Peluffo, Coulín, Courtois y Marchetti, los principales jardineros de aquel tiempo, multiplicaban sus productos y hacían maravillas de ingenio, para cumplimentar los pedidos de sus clientes; los jardines particulares eran puestos a saco y en cuanto a don José Gregorio Lezama, con sus valiosas colecciones de camelias, entonces tan de moda, vistió de magníficos ramos, casi por sí sólo, los lujosos salones de la fiesta.

Esta, se dió por empezada con la llegada del presidente Sarmiento y del electo Avellaneda.

Momentos después, recorría los salones el primero, acompañado de la señora Carmen Nobrega de Avellaneda, y el segundo de la señora de Egaña.

XVI

Indudablemente, si las familias mitristas, comparándose con la aristocracia del Faubourg Saint Germain, pudieron creer que aquella grandiosa fiesta—quizá demasiado grande—sin ellas, los Montmorency, La Rochefoucauld, Rohan o Montpensier, quedaba reducida a los mercaderes de la burguesa república, indudablemente repetimos, se engañaron...

Había allí, aristocracia de sangre, tan azul, la una como la otra, si su origen no era de los Valois,

sería de los Borbones, sino de los Orleans; pero eran aristocracia, aunque alguna fuera del Vaticano o Imperial. Con todo podemos asegurar dos cosas; primero, que sus descendientes, si tienen dinero, figuran actualmente en primera fila, segundo, que todos, unos y otros, remontaban su origen a Adán.

El desfile histórico continuaba; veíase al doctor Adolfo Alsina, cuya cabeza de león, sobresalía de entre los que lo rodeaban, dando el brazo a la señora del vicepresidente electo, doña Remedios Oromí de Acosta, a éste el señor don Mariano Acosta acompañado de la señora Rosa Delgado de González, al doctor Bernardo de Irigoyen, con la

señora Cipriana Lahite de Sáenz Peña, el doctor Uladislao Frías, con la señora Clotilde de la Barra de Mouján, al doctor Carlos Tejedor, con la señora Juliana Nóbrega de Huergo, al doctor Luis L. Domínguez, con la señora Carmen Olascoaga de Irigoyen.

Las señoras Agueda Pacheco de Berdier, Carlota Velázquez de Ocampo, Ernestina Cobo de Lavalle, Genoveva Olivera de Lastra, Joaquina Arana de Torres y Ernestina Boniche de Demot, eran atendidas por un grupo de caballeros, en que figuraba el doctor Santiago Cortínez, Olegario Andrade, Victorino de la Plaza, don Guillermo Arning, coronel Martín de Gainza, don

Torcuato de Alvear, el doctor Pedro Antonio Pardo, doctor Onésimo Leguizamón, coronel Antonio Dónovan y general Garmendia.

La señora Etelvina Ocampo de Tejedor mantenía animado diálogo con varios caballeros, en que hacía gala de su ingenio y cultivado talento, entre éstos figuraban: Estanislao del Campo, Ricardo Lavalle, Luis Sáenz Peña, Gregorio Torres, Carlos D'Amico y Enrique Moreno.

* * *

XVII

Atraía las miradas de la concurrencia, una pareja que en ese momento hacía su entrada en los salones; él, caballero de porte distinguido, frisando ya en los cuarenta años, daba el brazo a una joven señora cuya belleza fuera de lo común, inspiraba la admiración de cuantos la contemplaban.

Para que esta realzara más, su modestia parecía sufrir de ser objeto de la atención general.

Ellos eran: el senador nacional por la provincia de Entre

Ríos, doctor Teófilo García y su señora Mercedes Vieyra de García.

Ventura Muñoz de Zavaleta, inmortalizada por el poeta Fajardo con el apodo de Cruz de Azabache, y Amalia Gordillo de Tarnassi, formaban dos tipos de la belleza criolla, que por sí atraerían la atención del selecto grupo de caballeros que las rodeaba, si su gracia y picante espiritualidad, no fuera atractivo muy superior.

La señora Ana Urquiza de Victorica, à quien aun no se le decía misia Ana, daba su brazo al coronel don Carlos Forest, quien le refería un episodio de la batalla de Pavón, en que hubo de caer prisionero de su señor padre el general Urquiza.

Las señoras de Díaz Vélez, Miguens, Cambaceres y Areco, hacían broma con el doctor Wilde, quien les refería algunas anécdotas de su juventud y accidentada vida de estudiante.

En un extremo del salón principal, posesionados de un sofá y otros asientos, formaban grupo las señoras Dolores Uriburu de Uriburu, Delia Halbach de González Moreno, Clorinda Zavalla de Iriondo, Encarnación Lawson de Arning, Clorinda Garmendia de Avellaneda, Ana Martínez de Alcorta, Isaac Medina de Boneo y María Rufina Reynolds de Garmendia, con ellas se encontraban el coronel Alvaro Barros, que de pie junto a una silla, lucía su gallarda y

esbelta figura, y sentados, don Benjamín Butteler, el doctor Antonio Tarnassi, don Emilio Alvear, don Federico de la Barra, don Vicente Ocampo, don José Gregorio Berdier y el doctor Benjamín Victorica, que en ese momento tenía la palabra relatando algunos descabellados proyectos de conspiraciones mitristas; entre ellos uno, que consistía en cerrar las llaves de los caños maestros del gas, y una vez producida la oscuridad, dar un golpe de mano, en que se secuestrara a Alsina y principales hombres de la situación.

El señor don Gervasio A. de Posadas, director general de correos, a quien Estanislao del Campo, siendo oficial mayor del

ministerio de gobierno, envió una comunicación oficial cuya dirección decía: «Señor don Gervasio A. de Correos, Director General de Posadas», y que, ante la enérgica protesta del digno funcionario, disculpó el error atribuyéndolo a torpeza de un escribiente, hacía su entrada en los salones, acompañando a la señora de Ballesteros y Ordejón, esposa del ministro de España, y dando a aquel acto, la importancia y seriedad que él ponía en todas sus acciones.

* * *

XVIII

El doctor Saturnino Laspiur, uno de los hombres de más importancia con que entonces contaba la provincia de San Juan, y que después de ser ministro de Avellaneda, al final de su administración llegó a completar la fórmula de la candidatura Tejedor, escuchaba pacientemente, haciendo frecuentes inclinaciones de cabeza que demostrabàn su asentimiento, una disertación sobre el decaimiento de la cultura social, que en ese momento, le hacía el señor don Manuel

Pérez del Cerro, a quien en un tiempo se le llamó el *paquete Cerro*. Decía este señor: que llegaba la cultura de los caballeros de su tiempo, hasta el punto de que cuando encontraban una señora por la misma vereda, aun cuando no la conocieran, se sacaban el sombrero, le hacían una gran reverencia y descendían a la calzada, para dejarle mejor el paso libre. Que ahora por el contrario, en su afán los jóvenes del día en adoptar aires de norteamericanos, no sólo no hacían nada de todo eso, sino que les quitaban la vereda, y gracias que al pasar, no les dieran un codazo. Los señores don Ladislao Martínez y don Remigio González Moreno, que en ese momento se

habían acercado, confirmaban lo expresado por el señor Pérez del Cerro, agregando el último, que el modo de ser, no sólo se había modificado en los caballeros, sino también en las damas, pues él consideraba una prueba de fina atención, dirigir un requiebro, a una joven que se encontrara en la calle, lo que siempre en su tiempo era correspondido, o con una palabra de agradecimiento, o una dulce mirada, mientras que ahora, cuando había querido hacer una de esas atenciones que revelan al hombre culto y galante, se le había contestado de mala manera, llegando una bella y fresca jovencita, hasta llamarle: viejo mamarracho. El señor Martínez, terciando en la conversa-

ción, manifestó que a él no le había ocurrido nada parecido, pero que ello dependía, de que uno debe saber a quien se dirige.

En otro grupo, don Santiago Calzadilla y el espiritual Florencio Madero, tenían una animada discusión, sobre el período de la vida, en que la belleza física de la mujer reune mayores atractivos; Calzadilla sostenía: que la mujer joven de menos de diez y ocho años, era el fragante y fresco pimpollo, cuya inocencia y candor realzaba más su belleza, reuniendo un conjunto de encantos, que para él, era de una seducción irresistible.

Madero le refutaba con acopio de argumentos, en favor de la

belleza de la mujer en su desarrollo pleno, y terminó diciendo: que no hay viejo verde, a quien no le gusten las jovencitas, no porque las encuentren mejor o peor que las otras, puesto que a cierta edad, en vez de elegir lo eligen, sino porque más inexpertas aquellas, que la mujer formada, les falta la suficiente energía, para plantarle una fresca al impertinente vejete que las moleste, y además que como dice el refrán criollo: «a caballo viejo pasto tierno».

XIX

Grupos de diputados nacionales, en que se veía al doctor Francisco Alcobendas y Santiago Alcorta, representantes por Buenos Aires, doctor Tiburcio Padilla, don Lidoro Quinteros y Pedro Iturralde por Tucumán, don Abraham González, Fenelón Lezama, Octavio Gondra y Tristán Achával por Santiago, Pedro Lucas Funes, por Santa Fe, Francisco Caraciolo Figueroa, Manuel F. Rodríguez y Lisandro Olmos por Catamarca, Isaac M. Chavarría

y Daniel Videla Correas por Mendoza, Belindo Soage, Mateo J. Molina y Cleto Peña por Córdoba, y don Manuel José Zavalla por San Juan; además, Delfín Gallo, Juan M. Garro, Benjamín de la Vega, Rafael Igarzabal, Cástulo Aparicio, Wenceslao Colodrero, José M. Arias, Arístides Villanueva, Bustamante, Aráoz, Joaquín Granel y otros.

Los miembros del cuerpo diplomático, contribuían con sus lucidos y variados uniformes, y brillantes condecoraciones, a la mayor suntuosidad de la fiesta. Allí estaba representada Inglaterra, por Sir Lionel J. Jackuville West, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, en el mismo carácter Italia

por el Conde E. Della Croce, Francia en igual categoría por J. Ducros Aubert. El Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y el Brasil también en el mismo carácter de plenipotenciarios, estaban representados respectivamente: por el doctor Manuel Irigoyen por don Guillermo Blest Gana, por don Mariano Reyes Cardona, por el doctor Manuel Herrera y Obes, y el último el consejero barón de Araguaya, como representante del imperio. Además se veía al general Julio White por los Estados Unidos de Norte América, el barón Rodolfo F. de Maistre por Alemania, el conde Maximiliano Hoffer Hoffenfels por Austria Hungría y al caballero Augusto Farías por Portugal.

Las señoras de estos diplomáticos, algunas acompañadas por miembros de ese cuerpo, otras por algunos ministros del poder ejecutivo, recorrían los salones llamando entre ellas justamente la atención por su elegancia y lujosas alhajas de que estaban cubiertas, especialmente: madame Ducros Aubert, la baronesa de Araguaya y la condesa de Hoffer Hoffenfels.

Allí estaban, las señoras Fernández de Blanco, Muñoz, Prado, del Campo, Somellera, de Gari, Nevares, Molina, Arrotea, Muzlera, de la Carcoba, Rocha, Carranza, Alais, Varela, Ponce, Paz, Serantes, Smith, Villate, Ezeiza, Tomkinson, Blancas, Cano, Argerich, Lahite, Halbach,

Landívar, Goya, Arraga, Nazarre, Centeno, Saguier, Goñi, Font, Sacristi, Atucha, Macnab, Madero, y tantas otras que no es posible recordar, después del período un poco prolongado, que ha mediado entre el famoso baile y la fecha en que lo describimos.

XX

Se caracterizaba aquel baile, por la animación que en él reinaba, pues fuera de las distinguidas damas que hemos nombrado, muchas de las cuales han dejado merecido recuerdo de su talento e ilustración; las señoritas que también asistieron, algunas de las cuales ya tenían bien sentada, su fama de espiritualidad, siendo después, preciado adorno de nuestros salones, y actualmente, nobles y virtuosas matronas que, como las sacerdotizas entre los gentiles, mantie-

nen intenso el fuego sagrado de la cultura y la distinción.

Si además se agrega, los hombres eminentes que allí figuraban, y a los representantes de la juventud, de aquella brillante juventud, de que han salido las grandes personalidades que en estas últimas décadas, irradiaron el escenario político y de las ciencias, en sus distintas manifestaciones.

De aquella juventud que no se ha repetido, pues sus miembros, cuya mayor parte poco tenían que heredar, estaban obligados a formarse por su solo esfuerzo, sin contar ni con la paterna herencia, ni con el nombre de que fueran legatarios, el cual, podría alumbrarlos con luz di-

fusa, la que jamás será como la de la propia personalidad.

Así abundan actualmente las nulidades, la mayor parte de las cuales, ostentan nombres más o menos ilustres; pero sí, de hombres que hicieron fortuna, sin ver los que los llevan, que cuanto más brillo aquellos tuvieron, más obligados están a conservarlos inmaculados, para que no llegue el caso de que, a su vez, trasmitan a sus hijos, en cambio del oro bruñido que recibieron, el más deslustrado latón.

No era aquella generación más fuerte que la presente, ni sus hombres podemos creer, que tuvieran más talento que los de la actual; pero las condiciones de la vida, mucho más difíciles, obli-

gaban al desarrollo de la fuerza máxima de cada uno para abrirse camino, lo que explica quizás, el porcentaje de verdaderas personalidades salidas de la juventud de aquella época, que desgraciadamente no lo tenemos hoy, con una población más de seis veces mayor.

Cuando se piensa en algunos grupos de estudiantes, que podríamos calificar; sin desperdicio, y en que como compañeros de estudios, figuraban: Norberto Quirno Costa, Carlos Pellegrini, Bonifacio Lastra, Leandro Alem, José Antonio Terry, Aristóbulo del Valle, Carlos Salas, Matías Behety, Victorino de la Plaza y Nicolás Achával.

Nombres todos, que por bien

diferentes caminos han quedado para siempre vinculados a nuestra historia patria, y a la consideración y aprecio, de sus conciudadanos.

XXI

La señorita Carmen Alvear, la única hija de don Torcuato, la que después fué señora de Benítez, y actualmente princesa de Wrede, reunía siempre a su alrededor un grupo de intelectuales, pues tal era necesario ser, para mantener con ella torneo de animado diálogo. Rodeábanla en ese momento, Lucio V. López, Gabriel Larsen del Castaño, Miguel Cané y Bernardo Solveyra, sucediéndose entre sus compañeros, Francisco López Torres, Adrián Arana, Alvarez

Condarco, Estanislao S. Zeballos, Alberto Larroque, Adolfo Lamarque y Fernando Centeno.

Cruz Victorica la morocha elegante y espiritual, la gallarda amazona, que acompañada de su señor padre, llamaba siempre la atención de los paseantes del antiguo Palermo, tenía también su corte de admiradores, entre los que figuraban: Melchor Belaústegui, Daniel Solier, Francisco Bollini, Emilio Casal, Vicentito Casares, Pastor Frías, Carlos Molina Arrotea, Marcos Paz (después su marido), Daniel Escalada, Miguel Goyena y muchos más, que se habían anotado en ambas caras de su programa.

Carlota Muzlera, hija del bizarro coronel del sitio de Bue-

nos Aires y de las campañas con los indios, la que como una creación de Goethe, atraía a su paso las miradas de jóvenes y viejos, vestía vaporoso traje rosa pálido, su programa era empeñosamente disputado y en él figuraban los nombres de Rodolfo Mones Cazón, Luis Navarro, Ernesto Madero, Gervasio Granel, Bernardo Iturraspe, Manuel Gache, Wenceslao Escalante, Eduardo Sáenz Valiente, Carlos Durañona, Manuel Curuchet, Juan Acuña, Santiago Ponsati y Félix Constanzó.

Elena y Adela Irigoyen, las que con María, su simpática y bondadosa hermana, hacían dignamente los honores del hospitalario salón de don Bernardo y

misia Carmen, uno de los más frecuentados de la alta sociedad porteña, y el que, como el de madame Staël, tenía el raro don, de que sus concurrentes, salieran siempre satisfechos de sí mismos.

Ese salón, en que la banalidad estaba prescrita, y que hasta las medianías hacían buena figura, debido a la oportuna intervención de don Bernardo, que siempre y con la mayor naturalidad, interponía una palabra, una frase, que sacara de apuros al imprudente conversador, aventurado en terreno poco conocido.

Los amigos de estas señoritas, formaban legión, y entre ellos podía verse a Joaquín Cullen, Estanislao Peña, Angel Alvear,

Ernesto Colombres, Julio Victorica, Mariano Beascoechea, Mariano Moreno, Domingo Demaría, Natal Torres, Juan Carlos Lagos, Rodolfo Collet y al infinito, los nombres de todos los que allí se encontraban.

El señor Sixto Fernández y señora, acompañados de sus interesantes niñas Romana e Ilda, adorno y atractivo ambas, del barrio de Santa Lucía en Barracas al Norte, donde con motivo de las fiestas del 13 de diciembre, que anualmente se celebraban, y el corso de esa misma calle, reunían en su casa señorial, profusamente iluminada, a sus distinguidas relaciones, convirtiendo su mansión, durante esos días, en el *clou de la féte,* hacían su entrada en los salones,

ya un poco tarde, con gran desesperación de algunos de sus fervientes admiradores, que no habían penetrado aún, para poder acompañar desde el toilet, a sus preferidas.

Las señoritas Flora, Lucila y Hermelinda Bravo, hijas de don Pedro y hermanas de Román, el conocido y querido jefe de la casa Bravo Barros, las que también tenían su hospitalario y frecuentado salón en la calle Paraguay, eran asiduamente atendidas por numerosos jóvenes entre los que figuraban Abel Beascoechea, José María Jorge, Máximo y León Domínguez, Octavio Dimet, Andrónico Castro, Eduardo Rodríguez, Fermín Eguía, Armesto, y muchos más.

XXII

Cipriana Sáenz Peña, heredera con su hermana Celina después, de la amabilidad y alta distinción, que siempre ha caracterizado el virtuoso y respetable hogar de los suyos.

Anita y Nélida Varela a quien Raúl Harilaos, aun muy joven perseguía sin descanso, llegando ella en momento de broma con otras amigas, a prometer echarle arroz como a los pollos.

Angélica Cárcoba, Elena Torres, Luisa y Petrona Carranza, Leopoldina y Celina Alais, Luisa

y Amalia Molina Arrotea, Delia Somellera, Ignacia Ponce, Emelina y Matilde Molina, Anita Pellegrini, Carmen Nevares, Genarita Blanco, María Luisa Madero y Mercedes Peyrallo, formaban en el gran salón, varios cuadros de lanceros en que eran acompañadas, por Benigno Ocampo, Eduardo Sciurano, barón de Alkaine, Benjamín Nazar, Justo P. Ortiz, Julián Barraquero, Luis Basail, José Juan Araujo, Adolfo Richard, Alberto Castaño, Rómulo Escola, Faustino Jorge, Eduardo Castex, Manuel Rocha, Daniel Amoedo y Eduardo Battilana.

En otros salones, las señoritas de Blanco, de Gari, Urdinarrain, Belgrano, Villatte, Tomkinson,

Huergo, Smith, Halbach, Ezeiza, Alzaga, Nazarre, del Campo, Centeno, Arrotea, Goñi, Font, formaban parejas con Panchito Madero, Luis Sánchez Boado, Ignacio Irigoyen, Marcos Agrelo *(Poroto),* Francisco Bosch, Juan Balestra, Bernabé y Héctor Quesada, Lucrecio Román, Manuel Zorrilla, Juan Cano, Julio Botet, Raúl Harilaos, Atanasio Ceballos, Eduardo Deagustini, Eduardo Dimet, Luis Chapeaurouge, Federico Cibils, Pastor Lacasa, Juan José Urdinarrain, Adolfo Gabastou y Torcuato Martínez.

Sin prodigarse, convencidos de su mérito, conversaban con algunas niñas de su relación, los tres mosqueteros: Santiago Ben-

golea, Roque Sáenz Peña y Miguel Sorondo.

Entre los hombres maduros, entre aquellos cuya misión, no era ya dar vertiginosas vueltas de vals ni arrullar el oído de su gentil compañera, con frases impregnadas de dulce galantería, se formaban compactos grupos en que no se trataba sólo, del eterno y trillado tema político, sino de otro más grave, pues en sigilo, se pronunciaba con cautela la palabra: *revolución.*

Cada uno, aportaba una noticia, un comentario, una declaración, atribuída unas veces, al mismo general Mitre, otras a alguno de los hombres dirigentes de su partido.

Todos estaban contestes, en

que la revolución era un hecho, el que se produciría, en plazo más o menos cercano. Algunos, le señalaban día y hora, no faltando quien la anunciara para esa misma noche, en que, como en una ratonera, caería todo el mundo oficial.

XXIII

Allí, todo se comentaba, la filiación política de los jefes con comando de fuerzas, la de algunos gobernadores de provincia, la de los comandantes Ramírez y Erasmo Obligado, jefes respectivamente de la Paraná y Uruguay, (a que se reducía toda nuestra escuadra), la traslación de tal o cual cuerpo de un punto a otro de la frontera, y hasta las simpatías de que en la tropa gozaba el general Mitre, dado que en las filas del ejército, existían muchos veteranos del Paraguay.

Las reuniones en casa de Eduardo Legarreta, donde un grupo de jóvenes mitristas, en que, entre otros, figuraban Eusebio Gómez, Nicasio García, y Ramón Gómez, conocido por el apodo de el *Tigre,* los que, como los tenebrosos carbonarios de principio del siglo anterior, o los compañeros de Jehú, de la época del consulado, conspiraban furiosamente para derrocar la infame tiranía reinante. Las idas y venidas de don José Cándido Galván, quien después de celebrar misteriosas conferencias con don Anacársis Lanús, y otros pelucones de la época, hacía frecuentes viajes a la Banda Oriental, y que a bordo, y durante la travesía, se le veía en constantes

conciliábulos con el capitán Magnasco. Todo era tema de alarmas y contradicciones, no habiendo nada que escapara a la penetración de aquellos nuevos Argos, a los que faltó, como al príncipe mitológico, el dios Mercurio, para que los adormeciera y matara.

La llegada de don Enrique O'Gorman, el más simpático y querido de los jefes de policía, acompañado de su comisario de órdenes, don Avelino Anzó, interrumpió todas las conversaciones, siendo ellos, el centro de la atención general.

Nadie se atrevía a formular la pregunta que estaba en todos los labios, hasta que Aristóbulo del Valle, con el aplomo y franca sencillez que lo caracterizaba,

dirigiéndose al señor O'Gorman, le dijo:

Don Enrique, aquí no se conversa de otra cosa, que de la próxima revolución de los mitristas ¿qué hay al respecto?

A lo que el aludido respondió: Mi amigo, yo no puedo asegurar si habrá o no revolución; pero lo que sí puedo afirmar, es que en esta ciudad, no será alterado el orden.

XXIV

El recuerdo de aquel jefe de policía tan respetado y querido del pueblo porteño, nos hace reflexionar una vez más, sobre el asombroso aumento de esta capital, en los cuarenta años transcurridos. desde la época que relatamos, a la presente. Primero, se nos presenta a la imaginación, aquel antiguo caserón inmediato al Cabildo, y de entre los cuales salió el terreno necesario para dar paso a la Avenida de Mayo, la gran creación de don Torcuato de Alvear.

En el referido caserón, ocupando la parte alta, la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, donde en este único piso, no sólo tenían cabida todas las oficinas de la actual Intendencia, sino la comisión municipal, que después se llamó Consejo deliberante, y entre cuyos miembros figuraban: don Juan Darquier, don Benjamín Butteler, don José Prudencio Guerrico, don Gregorio Berdier, don Juan Crisol, don Manuel Romero, el doctor Ernesto Aberg, don Ramón Toledo, don Santiago Estrada, don José Giménez, don Martín de Iraola, don Enrique Perisena, don Roberto Cano, don Miguel Victorica, don Manuel Cobo y don Juan Miguel Villarraza, a

los que acompañaba el antiguo y respetado secretario don Benjamín Llorente.

El ancho balcón corrido que daba sobre la plaza de la Victoria, hoy de Mayo, y el que los aniversarios patrios, se veía completamente lleno de distinguidas damas, que invitadas por los miembros de la Municipalidad, asistían a presenciar el desfile de las tropas y las pruebas que tenían lugar en la plaza, después del *Te Deum* tradicional.

La parte baja del edificio la ocupaba la policía, y hoy parece cuento, que en tan reducido espacio, pudieran caber allí: las oficinas del jefe, secretaría, comisaría de órdenes, alcaidía, archivo, etc., y hubiera espacio

todavía, para el cuerpo de vigilantes y hasta los presos por infracciones, que allí se guardaban. Que desde esa casa, se manejaran las veinte comisarías que entonces existían, y con sólo trescientos vigilantes aproximadamente, se protegiera la vida y la hacienda de los doscientos veinte mil habitantes de esta ciudad, y aun asegurara el señor O'Gorman, que en ella, no sería alterado el orden.

Es cierto, que en aquella época no se conocía ni de nombre a los anarquistas, que no se sabía aún, lo que eran huelgas, que el obrero, gozaba de un bienestar muy superior al actual, pues él mismo, no había encarecido la vida con sus exigencias y reducción de horas de trabajo, que la dina-

mita aun no se había generalizado, no conociéndose de bombas explosivas sino lo que habíamos leído de la de Orsini, quien con una trató de *masacrar* a Napoleón III.

Que al *compadrito,* todavía no se le llamaba *malevo,* y a nadie se le había ocurrido dictar ordenanzas que multaran al que dijera un requiebro a una mujer, uno porque a la mayor parte de las muchachas del pueblo les gustaba que les dijeran algo al pasar, y otro, porque si a alguno le hubieran hecho pagar por esa falta, el equivalente de los cincuenta pesos de los actuales, en la moneda de aquel tiempo o sea: un mil doscientos cincuenta pesos moneda corriente, se habría caído muerto.

XXV

No queremos decir que nuestra actual policía, una de las reparticiones que a mayor altura ha llegado, y que por su cultura y grado de adelanto en que se encuentra, poco tiene que envidiar a la de las viejas capitales de Europa, no goce de las simpatías populares; pero es que aquella de don Enrique O'Gorman, era puede decirse, después de la de don Cayetano Cazón, la primera decentemente organizada, y a la cual aquel perfecto caballero, parecía que hubiera sabido im-

primirle algo de su propia personalidad.

Para el señor O'Gorman, no había partidos políticos que le fueran adversos, y no recordamos, se le conocieran simpatías por uno u otro de los militantes.

Donde él se presentaba, con su cara de Cristo de Viernes Santo, siempre de levita negra y sombrero de felpa, no encontraba sino respeto y consideración, teniendo una palabra amable para todo el que se le acercara, cualquiera fuera su condición social.

¡Cuántas lágrimas enjugadas, cuántas palabras de consuelo y perdón, cuántos secretos escuchados con discreta sonrisa y confiados a su caballerosidad y

a su honor! Era necesario que la falta fuera muy grave, para que no concediera la pedida libertad de un detenido, y cuando este era un muchacho de familia conocida, no salía sin oír su palabra de consejo o su reprimenda paternal. Y en medio de esa seriedad que todos le conocían, ocultaba un carácter alegre y predispuesto a la broma, siendo en la intimidad con sus amigos, donde se le veía expansivo y aun chacotón. Por eso era, que quien pasara por la policía después de la diez de la noche, por esas ventanas que daban a su despacho, siempre iluminado y donde jamás se cerraban los postigos, como si él quisiera poner de manifiesto, que nada tenía que ocultar, se le veía

rodeado de grata tertulia de amigos, donde era muy común reinara, la más franca hilaridad.

De una de estas tertulias recordamos la anécdota siguiente: El señor O'Gorman, tenía en su mesa de trabajo como aprieta papel, un pequeño bronce primorosamente cincelado, que simbolizaba el gallo policial. Estanislao del Campo, que siempre se lo ponderaba, llegó hasta pedírselo, sin resultado, pues el señor O'Gorman le dijo: que aquel por lo que representaba, no podía salir de su despacho.

Del Campo, decidió robárselo, y una noche, con gran disimulo, cubriéndolo con un pañuelo, pudo salir con él sin que lo notaran.

Pasaron varios días y cuando

creyó que ya nadie recordaba su hurto, volvió a la reunión.

En uno de los extremos del salón, se encontraba la aun incipiente galería de «ladrones conocidos», en medio de los cuales perfectamente catalogado, vió con gran asombro, que figuraba su propio retrato.

Creemos inútil manifestar, que fué necesaria la previa devolución del gallito, para que el retrato de del Campo, fuera retirado de la mencionada galería.

XXVI

Al principio suave como el murmullo de la brisa, más tarde potente como el eco del huracán, circuló de boca en boca, terrible nueva, que sembró la alarma e inquietud entre el elemento masculino. Se decía: que los abrigos y sombreros se habían confundido, y que nadie acertaba a dar con el suyo.

En un momento, los salones perdieron su alegría, y todos aquellos hombres, antes de rostro sonriente, ahora contrariados y anhelantes, corrieron al guar-

darropa, a comprobar la verdad del hecho.

Los que lograban entrar al estrecho recinto donde tantos intereses se habían concentrado, tropezaban con un informe montón, donde la capa de Montero, la galera de Alsina, el elegante levitón de Artayeta Castex y el ránglan de Pérez del Cerro, se mezclaban a las boas de vicuña, de los senadores y diputados del interior. Quinientos pies, les habían pasado por encima; pero esto no era inconveniente; para que cada uno, como quien busca en una catástrofe los despojos del ser querido, revolvieran el montón, pasando en revista lo que les caía a mano. La tarea era difícil allí, de ahí, que se sa-

caran al patio, donde en mayor escala continuó la labor.

El que deja su abrigo en el guardarropa de un baile, y recibe en cambio el pequeño numerito que lo habilita para poderlo reclamar, se cree tan seguro, como el depositante de un banco, con su libreta y talonario de recepción. La corrida pues, del uno, se parece mucho a la que relatamos, con la diferencia, que en la primera se juega la fortuna y el bienestar, mientras en esta los estornudos de un buen resfriado, y el ridículo popular.

Y efectivamente ¿hay algo que se preste más a la jarana, que ver en las calles a un caballero de frac, en cabeza y tiritando de frío? Pues ese ejemplar

era muy abundante en las calles bonaerense, la mañana del 6 de septiembre de 1874.

Se nos dirá ¿por qué no tomaron un carruaje? y contestaremos simplemente, porque no lo había. Los carruajes particulares de toda clase, que existían el año 1874, no llegaban a 500, y los de plaza a 300.

Dijimos que del guardarropa, pasaron los sobretodos al patio, donde la busca de aquellos continuó; pero eran tan pocos los que lograban dar con el suyo, como los que con el transcurso de los años, en esa misma casa, consiguen dar con el millón; los descontentos prevalecieron y con ellos las ideas de desorden y sedición.

Así se forman la demagogias, jamás por los que están contentos, sino por aquellos, con quien la fortuna no ha sido propicia, y que creen ver en la de los demás una injusticia o usurpación. Sus ideas son siempre destructivas, a fin de nivelar la de los favorecidos con su mala suerte, que consideran desaparecida, por el hecho de haber quedado todos, en perfecta igualdad.

Los desilusionados, los que no habían conseguido dar con lo que era suyo, se apercibieron que a su lado impasible e indiferente, de sus tribulaciones los acompañaba el brocal del aljibe, el que con su abierta y desdentada boca parecía incitarlos, no para que se precipitaran dentro, que

su desesperación no era tanta, sino, para que precipitaran los sobretodos y toda clase de abrigos, que en desordenada confusión yacían esparcidos por el piso.

Y muchos de aquellos correctos jóvenes, que un momento antes cruzaban los salones, amanerados y rebuscando la espiritual frase, que debían emplear con su interesante compañera, se les veía agacharse y recoger brazadas de abrigos, que con empeño digno de mejor causa, arrojaban presurosos al algibe.

XXVII

La razón del fracaso en el funcionamiento del guardarropa, a nadie especialmente pudo imputársele, sino a la falta de preparación para celebrar fiestas de esa magnitud, así como a la carencia de elementos con que se contaba en esa época.

Las empresas de guardarropa aun no existían, las sociedades de personal de servicio tampoco, era necesario procurarse éste donde se pudiera, y eso fué lo que hizo el señor Egaña.

Asiduo concurrente a la casa

de gobierno donde según su antigua costumbre de convidar con caramelos, lo hacía con los empleados de distintas reparticiones entre los que era muy popular, fácil le fué reclutar entre los negros ordenanzas, el personal de sirvientes que necesitaba para su baile.

A estos, los hizo porteros, a los otros, lacayos, a los de más allá encargados del guardarropa; y así con distintos cargos y funciones, quedó organizado aquel ejército de elementos a dedo, para la mayor parte de los cuales, les era completamente desconocido el mecanismo del puesto que desempeñaban.

Para colmo, el local destinado al guardarropa, era una especie

de zaguán o corredor, que no alcanzaba a dos metros de ancho, por ocho o diez de largo, y en cuyo derredor se colocaron unas cincuenta perchas.

A medida que los concurrentes fueron entregando sus abrigos y sombreros, se iban colocando uno por percha, cuando éstas se completaron sobre cada abrigo se colocó otro; y así con este sencillo procedimiento, se siguió colocando uno sobre otro, hasta que ya no hubo sobretodos que recibir, pero en cambio cada percha, contenía quince, veinte, treinta, los que era posible sostener.

Los negros, por su parte, concluída su tarea de amontonar sobretodos, creyeron muy natural,

salir hasta el patio, para hacer un poco de tertulia y cambiar entre sí sus impresiones, lo que dió ocasión para que descubrieran, que ahí mismo a su lado, con la puerta abierta, por donde entraban y salían apresuradamente los garçon que servían el buffet, se encontrara el depósito de vinos y toda clase de bebidas con que se servía éste.

De la tentación al pecado, es tan corto el trecho, que casi siempre se recorre sin sentir.

La tentación que cautiva nuestro ánimo, que nos seduce, que nos arrastra insensiblemente a la perpetración de lo indebido, es el tirano,—cuando de nosotros se apodera,—que no es posible resistir. Así aquellos pobres ne-

gros, que no podían oponer la valla del deber, que nace de la educación, que habían pasado la noche trabajando, y que se morían de sed ¿cómo iban a resistir impulso tan seductor, cuando sólo tenían *l'embarras du choix?* Optaron por el champagne. Un rato después, se les veía dando traspiés por el patio, y cuando alguno de los invitados que se querían retirar temprano, les preguntaba por su sobretodo, le contestaban con voz pastosa y señalando el local del guardaropa: Ahí está, niño.

Allí nació la confusión de sobretodos, los que vinieron primero en procura del suyo, tiraron al suelo los que les estorbaban, después otro y otros, formándo-

se aquel enorme montón, que más se agrandaba, cuanto más libres quedaban las perchas, pero en el que ya no era posible a nadie, encontrar lo que le pertenecía.

XXVIII

Los diarios de la época no acostumbraban, como los de la actual, a insertar en sus columnas las crónicas de las fiestas que se realizaban, siendo muy posterior la creación de las *Secciones Sociales,* parte integrante de toda publicación que se estima, y una de las más leídas quizás, de todo su material informativo.

Si en estos tiempos, se hubiera realizado un acontecimiento político-social de la magnitud de aquel gran baile de lo de Egaña,

todos los diarios habrían movilizado sus elementos informativos, rivalizando en la publicación de la fiesta con el mayor lujo de detalles, esto, sin contar con los inevitables fotógrafos y sus explosiones de magnesio, que tanto impresionan a los dotados de temperamento nervioso.

Pero en el año 1874, no había tema que pudiera ser más interesante que la política, y ella era la que absorbía casi por completo todas las secciones de un diario. De ahí, que ni *La Tribuna,* ni *La Nación,* ni *La Prensa,* ni *La Verdad,* dijeran una palabra de aquel baile, siendo necesario que *El Nacional,* como él mismo lo declara, oyera hacer crónica de él en el paseo del Retiro, para

resolverse a publicar la que damos más adelante, sin contar la de los diarios de segundo orden que tratan de ridiculizar la fiesta.

Crónica publicada por *El Nacional* del lunes 7 de septiembre de 1874:

EL BAILE DEL SÁBADO

«El día de ayer amaneció hermosísimo, y también lo que no siempre sucede, conservó su hermosura durante todo el tiempo de su curso. Por eso cuando dieron las dos de la tarde, nos propusimos asistir a la plaza del Retiro, centro concurrido de la elegancia bonaerense. Allí todo el mundo conversaba,—cosa muy común,—pero siempre se con-

versa de muchas cosas y allí no se hablaba más que de una.

«Se hablaba, narraba y se discutía teniendo por único objeto las conversaciones, las narraciones y las discusiones, el espléndido baile que tuvo lugar el sábado en casa de la señora de Egaña, en festejo del triunfo de la candidatura del doctor Avellaneda.

«En vista de esto, concebimos la idea de dar una breve crónica en las columnas de *El Nacional*, de ese magnífico sarao.

«Esa fiesta será inolvidable en la crónica elegante de esta lujosa capital, porque no se puede imaginar nada de más completo y de más perfecto.

«La casa del señor Egaña, se

convirtió la noche del sábado en el séptimo cielo del Alcorán y sentimos de veras que nuestra imaginación, ayudada por nuestros recuerdos de esa gran fiesta, sea ineficaz para llenar con éxito esa tarea.

«Ocho salones, literalmente llenos de concurrencia, servían para la danza animada de infinidad de parejas.

«Una orquesta numerosa, hacía oir las piezas nuevas más en boga como: las cuadrillas de madame Angot y otras. Había un departamento especial de refrescos, té, café y chocolate que se sirvió toda la noche.

«El espléndido comedor ostentaba una hermosa mesa cubierta de vinos y manjares, que

se sirvieron incesantemente desde las tres hasta las siete de la mañana.

«En los salones, se notaban muchas celebridades políticas como el doctor Adolfo Alsina, el doctor Avellaneda, doctor Mariano Acosta y los doctores Mariano Varela, Dardo Rocha, Carlos Tejedor, etc., etc.

«Las señoritas más bellas y distinguidas de la aristocracia porteña, lucían sus encantos indescriptibles, como: Angélica Cárcoba, Carmen Alvear, Carlota Muzlera, Luisa y Petrona Carranza, Leopoldina y Celina Alais, Luisa y Amelia Arrotea, Nélida Varela, las señoritas de Blanco, Lucila, Flora y Ermelinda Bravo, las señoritas de

Gari, la de Victorica, Genarita Blanco y otras mil que se escapan de nuestra memoria infiel.

«Era imposible en medio de aquel inmenso gentío, buscar su respectiva compañera, atravesando los numerosos salones; la fe de los programas se violaba y la memoria no ayudaba tampoco, embargada la mente entre tanta belleza y tanto esplendor. Muchas señoras se encontraban allí también, contribuyendo con sus gracias a la mayor animación, como la de Teófilo García, del Campo, Avellaneda, Muñoz, Prado, Victorica, etc., etc.

«El ejército estaba representado por jefes de alta graduación; el congreso por los doctores Lagos García, Cambaceres,

Leguizamón, Salas y Jesús M. del Campo; la magistratura, por los doctores French, Prado y Somellera, los doctores Alvear, Plaza y Andrade, a los señores Mansilla, Bravo y Meyrelles, entre muchísimos otros recordamos también entre la juventud estudiosa a los doctores: Obligado, Urdapilleta, Molina Arrotea, Ledesma, Lamarque, Castro y Lecot. A los señores: Lainez, Armesto, Murguiondo, Casabal, Maglione, Giménez, Cárcoba, Moreno, Goyena, Lezica, Garay, Costa, Bermejo, Castro, Corvalán, Molina, etc., etc.

«En una palabra, allí nada faltaba; pero sí... faltaba un imitador de Josué, que impidiera la salida del sol como este impi-

dió su retirada, según la tradición bíblica, para que la fiesta no terminara.

«Aquella atmósfera embriagaba; la luz, la música, la belleza, la juventud, la amistad, el amor, todo eso confundido, formaban un conjunto que nos transportaba a las regiones del placer eterno. Ese mágico poder han tenido el señor don Andrés Egaña y su amable señora que tan suntuosamente celebraron el triunfo del doctor Avellaneda.

«Nos aseguran que el señor Egaña, piensa dar otra reunión para el día de su cumpleaños, que tendrá lugar a fines de este mes.

«También se dice que el doctor Avellaneda, agradecido a las

constantes distinciones de sus amigos, desea manifestar sus sentimientos afectuosos por un espléndido baile.

«En el del señor Egaña, para completa armonía, no se había dado cita especial a ningún partido político. Allí habían: alsinistas, mitristas, quintanistas y avellanedistas.

«Es así como se empiezan a disipar las nubes del odio en la paz y la alegría de las fiestas».

Otros diarios cuyo color político está demás señalar, decían:

EL BAILE DE LOS SEÑORES EGAÑA

«Estuvo sumamente concurrido, viéndose entre los asistentes a los prohombres situacionistas.

«Los cohetes que se oyeron y que se creyó salían de la casa del baile, aseguran algunos de los concurrentes que fueron de una casa inmediata con motivo de reunirse un club alsinista. Fatal coincidencia.

(La Libertad, lunes 7 y martes 8 de septiembre).

ANUNCIO DE UN BAILE

«Anoche en un barrio de la ciudad se oyeron continuas detonaciones de cohetes voladores, cuyo empleo está prohibido por la Municipalidad. Averiguando qué había, supimos que eran disparados de la casa del señor doctor Andrés Egaña, calle Belgrano entre Perú y Chacabuco. Allí tenía lugar anoche un baile.

TRAMPA DE MAL GÉNERO

«Después de haberse celebrado un baile en casa del señor Egaña, las crónicas que de él se hacen refieren que ese baile tuvo por objeto celebrar suntuosamente el triunfo del doctor Avellaneda y que para prueba de su popularidad allí estaban reunidos miembros de los partidos nacionalista, alsinista, avellanedista, jordanista, etc.

«Aquí hay indudablemente una trampa de mal género.

«Si es cierto que estuvieron algunos miembros del partido nacionalista, deben apresurarse a rectificar esa información que se hace, pues, ella afecta a su dignidad.

XXIX

Para poder iniciarnos en los antecedentes de la revolución mitrista del año 1874, es necesario retroceder en nuestro relato al 1.° de febrero de aquel año, fecha en que tuvieron lugar las elecciones de diputados al Congreso, por la provincia de Buenos Aires.

Eran candidatos del partido mitrista, entonces llamado también nacional, los siguientes ciudadanos:

Doctor Eduardo Costa.
» José María Gutiérrez.
» Mauricio González Catán.
» Ezequiel N. Paz.
» Bonifacio Lastra.
» Norberto Quirno Costa.
» Víctor Martínez.
» Ramón B. Muñiz.
» Adolfo Rawson.
Señor Saturnino E. Unzué.
» Francisco Livingston.

Por el partido alsinista:

El Arzobispo doctor Federico Aneiros.
Doctor Bernardo de Irigoyen.
Coronel Alvaro Barros.
Señor Santiago Alcorta.
Doctor Mariano Marenco.
» Carlos Salas.

General Martín de Gainza.
Doctor Leandro N. Alem.
» Carlos Pellegrini.
Señor Eduardo Madero.
Doctor Ezequiel Pereira.
» Sabiniano Kier.

Estaban los ánimos en tal estado de exaltación, que el jefe de policía señor O'Gorman, obtuvo de ambos partidos en lucha, mitristas y alsinistas, que nombraran sus representantes para ponerse de acuerdo sobre la forma en que debía realizarse aquella elección.

A las diez de la noche del 31 de enero, víspera del día en que debía tener lugar la lucha referida, se reunían en el despacho del señor O'Gorman, los señores

doctor Eduardo Costa, don Anacársis Lanús y Narciso Martínez de Hoz, por parte de los mitristas, y don Carlos Casares, don Eduardo Madero y doctor Carlos Pellegrini, por la de los alsinistas. Después de larga discusión y de acuerdo con el señor O'Gorman, se suscribió un arreglo, en que se resumía en cinco artículos, las condiciones a que debían ajustarse los partidos en la elección, y cuyo principal fin, era evitar que se produjeran choques sangrientos.

Dos días después se publicaba el resultado de los escrutinios parciales, los que daban el siguiente resultado:

En la Ciudad

Mitristas.	736

En la campaña

Mitristas.	6.210
Total mitristas. . .	6.946

En la Ciudad

Alsinistas.	416

En la campaña

Alsinistas.	3.140
Total alsinistas. . .	3.556

XXX

Los anteriores datos, no sólo procedían de las autoridades que habían intervenido en la elección, sino que eran admitidos por los órganos de publicidad de ambos partidos, objetando sólo los alsinistas, que se les anulara su triunfo de Balvanera, debido principalmente al prestigio y habilidad de su gran caudillo don Pedro Bernet, quien después de un gran tumulto consiguió encausar la elección favorablemente, y cuyos votos no fi-

guraban, como antes dijimos, en el escrutinio anterior.

En estas alternativas transcurrió el mes de febrero, dándose uno de los partidos por vencido y reconociendo al otro vencedor, aunque no en la proporción que aseguraban sus contrarios.

A medida que los registros de la elección (ya fueran de la ciudad o de la campaña) iban llegando, eran remitidos a la legislatura provincial, la que a su vez, estando todos reunidos, debía pasarlos a la Junta electoral, encargada de efectuar el escrutinio general.

Los mitristas, en la embriaguez de su victoria, manifestaban que no hacían cuestión de los 301 votos de Balvanera, pues,

aun cuando se los adjudicaran a sus contrarios, siempre triunfaban por 19 votos en la ciudad sobrándoles más de 3.000 en la campaña.

Así transcurrió el mes de febrero, sin que uno ni otro partido, pretendiera alterar públicamente, las cifras del escrutinio conocido, el que había pasado ya, a la categoría de cosa juzgada; cuando en la tarde del 3 de marzo, un boletín de *La Nación,* sembraba la alarma en las filas mitristas, y la estupefacción en las del público en general.

Todo el mundo se arrebataba las pequeñas tiras de papel.

Se formaban grupos, en que la gente gesticulaba, levantaba los puños como si se amenazara a

un ser invisible. Las palabras *escándalo, fraude, bochorno,* se oían por todas partes, unidas a enérgicas interjecciones y propósitos de venganza.

El boletín encabezado con los títulos de *Fraude inaudito, Escándalo sin nombre,* y otros epítetos por el estilo, denunciaba que una serie de registros de la campaña, de los que se habían remitido a la legislatura, antes de ser pasados a la Junta electoral, habían sido falsificados unos, y sustituídos los otros, alterando escandalosamente el resultado de la elección del 1.° de febrero, al punto que, el partido nacional, triunfante en aquella ocasión, salía derrotado, mientras que el alsinista, era vencedor.

Para suministrar una idea de la monstruosa falsificación, daba los siguientes datos:

En Zárate, el resultado total de la elección había sido de 249 votos, mientras que ahora aparecían triunfando los alsinistas por 397 votos, cuando sólo habían tenido una mayoría de 75...

En Giles, los mitristas tuvieron 272 votos y los alsinistas 55 y ahora aparecían estos últimos triunfantes por 272 votos.

En Ayacucho, votaron en todo 301 sufragantes, resultando ahora que sólo los alsinistas tuvieron 706 votos y los mitristas UNO...

En Tuyú, donde la elección fué canónica para los mitristas con 503 votos, resultaba que

triunfaban sus adversarios por 556.

En Rauch, donde los alsinistas habían triunfado por 8 votos, aparecían ganando por 238.

Y en esta forma se seguía el detalle de la falsificación, que sacaba de quicio, no sólo a los mitristas que lo leían, sino hasta los indiferentes—admitiendo que en aquella época pudiera haberlos—en asuntos políticos.

Terminaba el boletín, anunciando la resolución de presentarse ante el juez federal, denunciando aquel atentado sin precedente.

XXXI

Como es natural, la sociedad de Buenos Aires y sus órganos de publicidad, no se ocupaba de otro tema, que aquel que con ardor se comentaba y dilucidaba, tanto en las grandes como en las pequeñas reuniones.

En medio de aquella efervescencia, publicaron los diarios días después, una invitación al pueblo para reunirse el domingo 7 de aquel mes, a la 1 p. m. en el teatro Variedades, a fin de deliberar y tomar una determi-

nación sobre el asunto del día. La referida invitación se hacía en nombre de los clubs Nacional y Constitucional, y lo que es más raro y verdaderamente extraordinario, que también se hacía en nombre de la *Comisión municipal.*

Firmaban por los clubs, como presidentes, los doctores Eduardo Costa y Norberto Quirno Costa, y como secretarios del primero, Belisario Hueyo, Adolfo Rawson y Eduardo Legarreta, y del segundo, Ernesto Landívar y Florencio Cantilo.

Las crónicas de aquella reunión, registradas en los diarios contemporáneos, hacen ascender a la enorme suma de ocho mil personas el número de los asis-

tentes, lo que es verdaderamente extraordinario, dada la población de esta ciudad hace cuarenta años. Formados en manifestación recorrieron en medio del mayor entusiasmo la calle de Florida, hasta la plaza del Retiro, en cuyo trayecto, las manifestaciones del público y de las familias, eran unánimes contra el fraude, contra esa burla de los derechos e instituciones de un pueblo.

En el teatro, los principales discursos estuvieron a cargo de los doctores Eduardo Costa y Norberto Quirno Costa, los que a cada párrafo, a cada frase, a cada palabra, arrancaban nutridos aplausos de aquella asamblea electrizada, como brota la chispa por el contacto de dos polos.

Algunos párrafos, sobre todo del discurso del doctor Quirno Costa, provocaron delirantes manifestaciones. Decía, haciendo un llamado al congreso, a fin de que rechazara los diplomas fraudulentos que se iban a presentar, e invocando, al mismo tiempo, en su inspirada arenga, el pasado argentino:

«Que hubo un tiempo en que una de las más gloriosas revoluciones amenazó perderse para siempre, y con ella no sólo las libertades argentinas, sino las de toda la América del Sud; pero que el Congreso del 9 de julio de 1816, la salvó firmando el acta de nuestra independencia que aseguraba la libertad para todos, y ahogaba todos los despotismos.

«Pues entonces se consolidó la nacionalidad argentina, entonces se consolidó la Independencia, entonces se consolidó la Libertad.

«Y se preguntaba: ¿por qué si en aquella época de menos civilización, de menos progreso que la actual, se salvaron las libertades en medio de una conflagración general, que no se detenía en nuestras fronteras, sino que abarcaba toda la América del Sud, como este Congreso argentino, reunido en 1874, en medio de la civilización y del progreso, con constitución y leyes más claras, no ha de poder salvar las libertades de Buenos Aires y de toda la República?»

XXXII

Se publicaban permanentes contra tal o cual de los candidatos del partido alsinista, sindicados de fraude.

Se daban noticias, sobre si este o aquel de ellos, presentaría o no su diploma. Se recordaba al doctor Pellegrini, (uno de los candidatos más descollantes de la lista), sus palabras en el caso de una falsificación, sino de esta magnitud, por lo menos semejante, en que manifestó: «que se cortaría la mano, antes que suscribirla con su firma».

Ya en las proximidades de la fecha en que debían ser tratados los diplomas y cuando *todos* los candidatos discutidos, los habían presentado al congreso, estando por consiguiente, estos a estudio de la comisión de poderes, compuesta de los doctores Luis Lagos García, Rafael Ruíz de los Llanos, Manuel Derqui, Tiburcio Padilla y Lisandro Olmos. *La Libertad,* diario que más bien se singularizaba por su carácter moderado, publicaba el 8 de mayo un artículo que empezaba diciendo: «En Buenos Aires, nadie ignora, que seis registros de las elecciones del 1.° de febrero, fueron falsificados.

«Nadie ignora, que en esas elecciones triunfó la lista de di-

putados que sostuvo el partido opuesto a la candidatura del señor Alsina.

«Nadie ignora, que la falsificación se hizo para poner en duda a los ojos de las provincias el triunfo obtenido por los que sostenían la candidatura del general Mitre, a fin de evitar que ese triunfo, encontrase eco y deshiciese la candidatura del doctor Avellaneda.

«Pero lo que todos ignoraban era otra cosa.

«Nadie creía que los candidatos para diputados por el partido alsinista, se presentasen a la Cámara, con los diplomas que les expidió la Junta, resultantes de esas falsificaciones.

«Hasta allí no había llegado la presunción humana.

«Sin embargo, esos diplomas han sido presentados después de una lucha tenaz del partido falsificador, con los que debían exhibirse a nombre de un crimen.

«Nos consta que el doctor Aneiros, uno de los que han presentado su diploma, se resistía a hacerlo.

. . . . . .

Y terminaba diciendo: «No puede dudarse, que el Congreso argentino no ha de desoir, por atender malos consejos, los dictados de la razón, de la justicia, de la conciencia y de la ley».

XXXIII

El tiempo transcurría y la comisión de poderes no expedía su informe.

Era inútil que se produjeran acontecimientos, que en otra situación, habrían absorbido el interés público.

Como muy natural, pareció a todo el mundo, la incorporación del doctor Guillermo Rawson al senado nacional, recientemente elegido por la legislatura de San Juan, donde sus comprovincianos rendían el homenaje que merecía, aquella saliente personalidad.

Como muy natural también, que el 11 de julio se incorporara el doctor Dardo Rocha al congreso, por haber sido elegido senador nacional por la provincia de Buenos Aires, teniendo como candidato contrario, la gran figura nacional del doctor Carlos Tejedor.

Como muy natural igualmente, la renuncia que el doctor Adolfo Alsina hacía del elevado cargo de vicepresidente de la Nación, manifestando en ella, que una de sus causales era, la poca consideración acordada a su referida investidura.

Efectivamente, en el curso del debate a que dió lugar la discusión de aquel importante documento, se afirmó, en corrobora-

ción de lo que en él se insinuaba, que el presidente de la República señor Sarmiento, para nada tenía en cuenta al señor vice, y que no acostumbraba hacer trasmisión del mando en favor de éste, cuando resolvía ausentarse de la sede del gobierno en esta ciudad.

Dado su carácter de indeclinable, ella fué aceptada; pero no sin que en el curso del debate que hemos mencionado, se hicieran mutuos cargos, llegando uno de los oradores en defensa del proceder del presidente, hasta afirmar: que éste hizo bien en no poner al vice en posesión de la primer magistratura, pues no cuadraba, que saliera de una reunión de comité o de una ma-

nifestación callejera, para ir a ocupar el elevado sillón del mando.

Todos estos acontecimientos y otros de importancia capital que se producían, dejaban en la opinión pública, la misma pasajera impresión, que la del círculo formado en el agua, por la piedra que en ella cae.

La prolongada ansiedad por conocer el informe de la comisión de poderes, en los diplomas presentados, ese era el asunto único de interés, que todo lo dominaba.

Hay que reconocer que fuera por razones políticas o ya por la paciente labor que la referida comisión decía haber desarrollado, el tiempo que empleó para

expedirse fué bien largo y fuera de lo usual, pues transcurrió mayo, junio, llegaron los primeros días de julio y aun estaba por informar.

Todos los diplomas presentados aún con mucha posterioridad a los de Buenos Aires, habían sido informados y sus titulares, reconocidos, estaban ocupando sus bancas respectivas, solo aquellos que mantenían en contradictoria ansiedad a todo un pueblo, aquellos estigmatizados de fraude y falsificación, aquellos, decimos, continuaban paralizados y esperando un despacho que nunca venía y que parecía a los ojos de aquel público impaciente, que no debía llegar jamás.

Fué necesario que pasaran cuarenta años, para que en el presente se repitiera, con el pleito jujeño, la misma situación; pero éste ha servido para inspirar a la Cámara, un acto de justicia; la justicia de *Salomón*.

Diariamente se publicaban en los diarios mitristas los expedientes presentados al congreso por un señor Luciano J. Aveleyra, el que, haciendo intervenir al juez federal del departamento del centro doctor Albarracín, levantaba pacientes informaciones, con gran concurrencia de testigos, a fin de evidenciar los fraudes cometidos.

XXXIV

Por fin el 11 de julio, se daba a la publicidad el tan esperado informe de la comisión de poderes, la que quizá, satisfaciendo la opinión general, quiso que él fuera ampliamente conocido antes de tratarlo en la cámara. Este, estaba dividido en dos partes: la una, el escrutinio practicado por la comisión; la otra, el informe de la misma, firmado por todos sus miembros, en que hacía el relato de toda su paciente y complicada labor.

Nos vemos en el caso de ser en esta parte de nuestro relato, algo más prolijos que en las restantes del mismo, porque creemos que ella tendrá gran importancia, cuando algún día se escriba la historia de esta parte de nuestras luchas políticas.

La revolución de aquel año, no tuvo por causa, como erróneamente se ha creído por muchos que no han estado en la intimidad de las causas del movimiento, la elección presidencial de Avellaneda, aun cuando el general Mitre dijera que ella era el fruto de la coalición de los gobernadores. La revolución quedó resuelta, después de la entrada de la diputación alsinista al congreso.

Cuando se hizo pública la fal-

sificación y sustracción de registros que convertían al partido mitrista de vencedor en vencido en los comicios de Buenos Aires, un grupo importante de los hombres dirigentes de aquel partido, fué a ver a su jefe el general Mitre y pedirle que se pusiera al frente de la revolución.

El general Mitre, les contestó que no creía se consumara aquel escándalo, pero que si llegaba el caso de que la cámara rechazara a sus amigos, contaran con él.

Ahora, continuaremos nuestro relato: El informe de la comisión de poderes publicado, disculpaba el retardo con que éste había sido presentado, el que atribuía en parte a que la junta electoral, compuesta de los doctores

Alejo B. González, Andrés Somellera y Andrés Ugarriza, se había limitado a enviar las actas en la forma que ella las había recibido sin abrir juicio de éstas, ni practicar escrutinio, el que la comisión se había visto en la necesidad de formular. Que las noticias que al respecto se habían publicado, denunciando fraudes y falsificaciones en los registros, había obligado a la comisión, a ser más escrupulosa en su referido estudio, a fin de darse cabal cuenta, de lo que hubiera de verdad en aquel hecho.

Que efectivamente, una parte de lo afirmado era cierto; siendo de lamentar, que la ley haya sido violada en esta provincia, llamada por más de un título, a ser el

modelo que las otras imiten en la práctica de las instituciones republicanas.

Entrando al estudio de las elecciones, aprueba las de esta ciudad, inclusive la de la parroquia de Balvanera, donde culpa a los escrutadores de la primer mesa, de haber sido causa principal del conflicto producido, habiendo cumplido con su deber los suplentes que formaron después otra nueva, pues así no fueron privados de hacer uso de su derecho, los numerosos electores que posteriormente, concurrieron a ese acto.

Pasando a la campaña, la comisión se había especializado con el estudio de aquellas actas que habían sido públicamente denun-

ciadas, entre ellas, la de Giles. Que allí la comisión se había encontrado con dobles actas, firmadas por los mismos nombres, aunque con distinta letra, y en las que el resultado de la elección había sido también muy diferente. Que después de numerosos informes, y requerido el dictamen de los calígrafos señores Caamaña e Insaurraga, había reconocido como únicamente válida, el acta que era favorable al partido mitrista, y en que éstos tenían a su favor 272 votos contra 55 de sus contrarios.

En Tuyú, también había sido modificado el resultado, no triunfando los alsinistas, sino por 53 votos, en vez de los 556 que se atribuían.

En Zárate, se anulaban los registros que aparecían dando una mayoría de 397 votos a los alsinistas, la que se reducía a 75, de acuerdo con los primitivos resultados de la elección.

En Ayacucho y Rauch, se hacen análogas modificaciones, que parecía debían conformar, las aspiraciones de la opinión pública.

XXXV

Habilmente confeccionado el informe de la comisión de poderes, habría podido satisfacer las aspiraciones públicas, si en cambio de lo que se concedía, no se anularan y modificaran muchos registros, incurriendo—como decía *La Nación* comentando el documento,—en muchas contradicciones. Ejemplo: en Belgrano, se anulaba le elección porque ésta se practicó en el juzgado de paz y no en la iglesia; y en el Saladillo, se declaraba válida,

porque había tenido lugar en la iglesia y no en el juzgado de paz.

En Navarro, se supone que hubo coacción por parte de los escrutadores, y se anula la elección, en cambio fué aprobada la de Balvanera, reconociendo, como se reconoció, que allí si hubo coacción.

No se daba mayor importancia, sino como medio informativo a los expedientes presentados por el señor Aveleyra, considerando fuera de lugar, la intervención del señor juez de sección doctor Albarracín, pues ésta sólo habría sido procedente, en el caso de existir acusación de parte, o del ministerio fiscal.

Terminaba el informe la comisión de poderes, acompañando

el escrutinio practicado por ella, en que manifestaba, haberse ceñido a la más extricta justicia.

Escrutinio practicado por la Comisión de poderes de la Excelentísima Cámara de Diputados de la Nación, de las elecciones celebradas en la provincia de Buenos Aires, el 1.° de febrero de 1874, para diputados al congreso nacional.

Julio 11 de 1874.

Doctor	Bernardo de Irigoyen.	15.596 votos
»	Sabiniano Kier. . . .	15.596 »
»	Carlos Pellegrini. . .	15.596 »
»	Ezequiel A. Pereira. .	15.595 »
»	Leandro N. Alem. . .	15.595 »
General	Martín de Gainza. . .	15.593 »
Doctor	Mariano Marenco. . .	15.593 »

Señor Manuel Ocampo.	15.592	votos
Coronel Alvaro Barros. . . .	15.591	»
Ilmo. Sr. Dr. Federico Aneiros .	15.590	»
Doctor Carlos Salas.	15.590	»
Señor Eduardo Madero	15.542	»
Doctor Bonifacio Lastra. . .	15.100	»
» Daniel María Cazón. .	15.099	»
» Mauricio G. Catán. .	15.099	»
» Adolfo Rawson. . . .	15.098	»
» José María Gutiérrez.	15.098	»
» Eduardo Costa. . . .	15.097	»
» Norberto Quirno Costa.	15.097	»
Señor Saturnino E. Unzué. . .	15.089	»
Doctor Ramón B. Muñiz. . . .	15.082	»
Señor Francisco Livingston. .	15.081	»
Doctor Ezequiel N. Paz. . . .	15.067	»
» José Antonio Ocantos.	15.010	»
» Víctor Martínez. . .	14.780	»

Este mismo informe y escrutinio, fué leído por el secretario de la cámara de diputados, en su sesión del 12 de julio. No hubo por esta causa necesidad del discurso del miembro informante.

El diputado doctor José María

Moreno, hizo moción para que se postergara la consideración del informe, fundándola, en que necesitaba mayor amplitud de tiempo para estudiarlo.

Apoyada ésta, por el doctor Francisco Alcobendas, fué combatida por el doctor Aristóbulo del Valle, que pedía el despacho inmediato.

Con todo, era tan justo el pedido de aplazamiento; se adujeron tales razones para sostenerlo, que prevaleció la razón, votándose favorablemente.

Todos los diputados avellanedistas, votaron con los mitristas, siendo esta la razón de aquel pequeño triunfo.

Y a propósito de esa votación en que los dos partidos aliados

dentro de la cámara, no estuvieron completamente de acuerdo, conviene recordar: que en esos momentos, existía otra causa de disidencia, la que llegó hasta producir entre los diputados de ambos partidos, cierta nerviosidad que pudo tener sus consecuencias.

Se trataba de la elección de secretario de la cámara, puesto vacante en esos momentos, y para el cual eran candidatos los señores Nicéforo Castellanos y Miguel Sorondo, de los avellanedistas y alsinistas, respectivamente.

Esta cuestión tan secundaria, apasionó tanto a los diputados de ambos partidos, que llegó a poner en peligro la principal de

los diplomas, lo que obligó a celebrar reuniones conciliatorias, teniendo lugar una de éstas, en casa del señor don Emilio Alvear.

Cuando llegó el momento de proceder a la elección, también había surgido un tercer candidato, el doctor Miguel Cané.

En medio de la votación, y como ésta fuera nominal, se produjo un incidente cómico y que aun recuerdan los que en aquel tiempo actuaron. Preguntado uno de los diputados avellanedistas, por quien votaba, contestó con la voz sonora que le era característica: Por el doctor Telescopio Castellanos. *(tableau).*

El resultado de esta pequeña escaramuza, hizo renacer nuevas esperanzas entre los contrarios

del informe de la comisión de poderes, manteniendo aún por algunos días, la nerviosa y prolongada espectativa, en que hacía varios meses se encontraba el pueblo porteño.

XXXVI

Llegó el 18 de aquel mes de julio, fecha designada para ser tratadas, por fin, las *legendarias* elecciones de diputados. En el humilde y simpático hemiciclo de nuestro antiguo congreso se reunían ese día, sesenta y dos señores diputados. La barra, que pudo haber sido ocupada por elementos más elegidos, contaba con numerosos ejemplares, del hoy casi extinguido tipo, llamado *compadrito,* cuya característica indumentaria; de chambergo, sa-

co de paño negro, pantalón hasta la altura del botín elástico y de taco alto, era completada por el clásico clavel rojo tras de la oreja. No faltaba tampoco el matón de barrio, personaje de melena esponjada y relumbrosa, que apestaba a sus vecinos, con su tufo a bebida, y acre olor de tabaco negro.

La verbosidad a que estaban acostumbrados aquellos grandes ciudadanos, y decimos grandes, porque llegada una elección, cada uno de ellos votaba muchas veces, lo que no hacía ningún encumbrado personaje por más espectable que fuera, la verbosidad, decimos, no siempre bien dirigida, solía tener algunos chispazos, que iban a alojarse en la

calva de algún *padre de la patria,* que miraba para arriba, echando de menos, su paraguas protector.

La sesión dió comienzo con la lectura del dictamen de la comisión de poderes, cuya uniformidad de miras, ponía de manifiesto la acertada designación de sus miembros, todos de un mismo color político, a fin de evitar que hubiera molestas discrepancias de opinión, procedimiento que injustamente le fué criticado al señor Mora y Araujo, al iniciarse las reuniones preparatorias del actual período (1914).

El doctor José María Moreno, fué el primero en atacar el aludido documento, haciendo un prolijo estudio con acopio de

pruebas, por las que ponía de manifiesto, la indiscutible mayoría del partido mitrista, sobre el alsinista.

En el mismo sentido hablaron los doctores Alcobendas y Cáceres. La actitud del primero de estos señores, era tanto más meritoria, cuanto que su filiación política, no era mitrista.

Estos discursos fueron contestados por los doctores Derqui y del Valle y el miembro de la comisión señor Olmos. Habiéndose hecho moción de cerrar el debate, el informe fué aprobado por 44 votos contra 18.

Es justo recordar también, como un acto de justicia; que los diputados Francisco C. Figueroa y Eugenio Cambaceres, votaron

con los mitristas y avellanedistas, por el aplazamiento del debate, y después solos, por la anulación de las elecciones.

. . . . . .

Esa noche, reunidos los principales hombres del partido, en casa del general Mitre, le fué recordada a éste, su promesa de ir a la revolución, en el caso que sus amigos fueran rechazados del congreso.

Uno de los hombres de primera fila en aquellos momentos de intensa lucha, presente en aquella reunión, dice: que el general Mitre, antes de contestar a la cuestión planteada por sus amigos, cerró por sí mismo la puerta del salón donde se encontraban, y volviéndose a éstos, les dijo:

«Señores, ahora, cuenten conmigo, creo que debemos ir a la revolución, cualquiera sea nuestro número; pero sí creo también, que ésta no debe hacerse mientras esté Sarmiento, que preside un gobierno constituído, sino cuando él termine».

Esa noche quedó resuelta la fecha en que debía estallar la revolución, designándose el 12 de octubre de aquel año, día de la trasmisión del mando presidencial.

XXXVII

La Nación del día siguiente, al hacer la crónica de la memorable sesión en que los diputados del partido alsinista habían triunfado en el congreso sobre sus correligionarios, terminaba diciendo: *El pueblo sabrá lo que debe hacer.*

Días después se iniciaban reuniones que ya no eran políticas sino revolucionarias en diferentes barrios de esta ciudad, figurando en ellas hombres de la importancia del doctor Eduardo

Costa, Rufino Elizalde, Daniel María Cazón, Anacársis Lanús, Saturnino E. Unzué, Víctor Martínez, Juan Agustín García, José Cantilo y José Cándido Galván, y juventud de la talla de Germán Balcarce, José Antonio Terry, Eduardo Legarreta, Julián Balbín, Adolfo Rawson, Norberto Quirno Costa, Ramón Gómez, José María Cantilo (hijo), Oscar Liliedal, Bonifacio Lastra, Ramón B. Muñiz y tantos otros, dispuestos a dar su sangre y su vida por la causa que defendían.

Resuelta la revolución, y obtenido el beneplácito del general Mitre, los partidarios de ella, aun cuando no supieran con que elementos contaban, por el he-

cho de haber vencido la resistencia, siempre opuesta por su jefe, a todo movimiento armado, les hacía suponer; que el primero y principal paso, en favor de la reivindicación de sus derechos, estaba dado.

Su tarea, ahora, consistía en aumentar sus elementos de acción, y cada uno de los miembros del comité revolucionario, que lo eran todos los hombres de confianza allegados al general Mitre, se convirtieron en inteligentes sabuesos, encargados de descubrir y atraer a su causa, a todo hombre valiente y capaz, que la suerte les deparara.

Uno de estos casos, muestra el empeño con que cada uno desempeñaba su misión, sin desperdi-

ciar medio alguno, por difícil que el fuera, para conseguir su fin.

En la calle Victoria, entre las de Piedras y Tacuarí, frente al sud, funcionaba un café-concert, que por la magnitud de su local y espaciosa sala, rodeada de dos hileras de palcos, podía considerársele con los honores de un teatro de regular importancia, llamábase: *Alcazar Lirique,* y en él han actuado, caracterizadas compañías de opereta francesa, vaudeville, etc., y cuando éstas faltaban, siempre había una *troupe de chanteuses,* capaz de divertir y entusiasmar aquella concurrencia alegre y estrepitosa, aficionada a las salsas picantes, y que en materia de colores, no

conocía nada mejor que el verde cardenillo.

Por uno de esos misterios inexplicables, cuyo origen no nos es posible penetrar, se había suscitado en aquel público de gente alegre, una gran rivalidad entre argentinos y franceses, la que daba ocasión, para que todas las noches, se produjeran colisiones entre elementos de ambas nacionalidades, que siempre concluían con la intervención policial.

XXXVIII

Nunca han existido en la Argentina antagonismos de raza ni de nacionalidad, siendo ésta una de las principales razones porque el extranjero que entre nosotros se radica, encuentre en este país el amor y la simpatía que él ha dejado en el propio. Los nativos de todos los países, que buscan nuestro fecundo suelo y nuestro radiante sol, que funden la suya en nuestra nacionalidad, que se hacen carne de nuestra carne, nos son igualmente sim-

páticos y queridos; pero hay que reconocer, que tenemos algunas predilecciones, y entre éstas figura el pueblo francés.

Su idioma, su literatura, sus ciencias, artes y modas, todo lo bueno y lo malo que aquel país encantador pueda tener, todo nos es familiar y a todo le damos rápidamente carta de ciudadanía. De ahí, que no nos explique mos, aquel extraño antagonismo entre argentinos y franceses, que felizmente fué de momentánea duración.

Un público especial y barullero se congregaba noche a noche, en el *Alcazar Lirique,* y bastaba que los franceses, o argentinos, aplaudieran un artista, para que los contrarios lo silbaran o hi-

cieran tal estrépito, que le impidiera trabajar.

De las manifestaciones de palabra y silbidos, se pasaba a las contundentes, haciendo caer una lluvia de papas y otras legumbres, cuando no volaban sillas, sobre los pobres artistas, que aquella parte dictatorial del público, había resuelto vetar.

Cierta noche, se encontraba en la escena madame Doubry, artista de buena voz, excelentes condiciones y cuya belleza física, dejó en sus contemporáneos recuerdo imperecedero que el tiempo no ha conseguido borrar. El ser aplaudida por una parte del público fué causa, como de costumbre, para que la silbara la otra.

Mr. Cheri Labrocaire, entonces empresario, en la creencia de que aquella tormenta pronto pasaría, no permitió que se bajara el telón, ni que la artista se retirara de la escena, pero los barulleros estaban mal acostumbrados y no podían permitir que se les desobedeciera, por lo que pusieron en juego su artillería gruesa, descargando una lluvia de papas, dirigidas a la infeliz artista, que sobrecogida de terror, quedó sin movimiento, siendo blanco de aquella brutal agresión.

En ese momento, entraba al teatro, un joven oficial, teniente de un cuerpo de línea, que con una mirada abarcó la situación, dándose cuenta del cobarde aten-

tado de que era víctima aquella mujer. Sin reflexionar, sin consultar más que el impulso generoso de su corazón, corre a la orquesta, por medio de una silla salta al escenario, y allí acercándose a la artista, se saca su capa con ella la cubre, y luego, empuñando su revólver, grita dirigiéndose al público: Ahora pueden tirar, cobardes!

No contento aún, hizo bajar la artista por donde él había subido, y empuñando siempre su revólver, cruza con ella del brazo, todo el largo de la platea, sin que se oyera a su paso una palabra, ni el más ligero murmullo.

Habiéndola acompañado hasta su casa, se encontró allí con uno de los prohombres del parti-

do mitrista, quien enterado de la noble acción realizada, le ofreció agradecido su amistad, que el joven teniente aceptó.

Corolario: El cuerpo a que pertenecía aquel valiente, fué ganado para la revolución; pero denunciado nuestro héroe, se le prendió e incomunicó, escapando milagrosamente de ser pasado por las armas.

XXXIX

El 24 de septiembre de 1874, estallaba la tan esperada revolución mitrista, confirmándose así los continuos pronósticos que de tiempo atrás circulaban.

La primera noticia, la dió *La Prensa,* publicando ese día el célebre editorial, firmado por su redactor en jefe José C. Paz, el que bajo el título de *El último recurso,* en uno de sus párrafos decía:

«Que ya que la palabra de la prensa era impotente, no queda-

ba otro temperamento al periodismo honrado, *que trocar la pluma por la espada*».

Hízose público después, que con motivo de desconfianzas manifestadas por el gobierno, fué necesario precipitar los acontecimientos, adoptando esa fecha de septiembre en vez de la del 12 de octubre antes designada, y que el editorial publicado por Paz, era un ardid para hacer conocer de aquellos afiliados, que no fuera posible comunicar directamente, la nueva determinación de las autoridades del partido.

También se supo más tarde, la salida del general Mitre con destino a Montevideo, de donde lanzó su memorable proclama-ma-

nifiesto, explicando las razones que le obligaban a ponerse al frente de la revolución, de la que se hacía responsable en su carácter civil y militar.

En él, presentaba también su renuncia indeclinable a la candidatura presidencial, para el caso que aquel movimiento armado, fuera coronado por la victoria.

Los prestigiosos generales Rivas y Arredondo, jefe el primero de la más extensa zona de nuestras fronteras con los indios, y al mando de numerosos fuerzas de línea y guardia nacional, y el segundo, capaz por sí sólo de levantar en armas la mitad de la provincia de Córdoba y toda la zona de San Luis, se habían pronunciado por la revolución.

En la noche del 23, víspera del pronunciamiento, el teniente coronel de marina Erasmo Obligado, jefe de la cañonera *Uruguay,* la que con la *Paraná* componían todas las unidades de línea de nuestra escuadra, se había hecho a la mar con rumbo desconocido; pero no con el buque de su mando, sino con la *Paraná* y llevándose prisionero al comandante de ésta, teniente coronel Ceferino Ramírez.

Como todo lo anterior, súpose también después, que el propósito revolucionario fué apoderarse de ambas cañoneras para cuyo objeto, además de la tripulación de su buque, que le era adicta al comandante Obligado, se habían hecho trabajos revolu-

cionarios en el otro, por lo que, al ser sorprendido y recibir orden de rendición en la *Paraná,* su jefe el comandante Ceferino Ramírez, se encontró solo y con su gente sublevada. Que puestos en movimiento ambos buques, uno de ellos, la *Uruguay* se varó en uno de los numerosos bancos de la rada, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para poderla arrancar.

Fué, pues, necesario abandonar aquella cañonera, trasladándose ambas tripulaciones, incluso el prisionero Ramírez, a la *Paraná.*

Trasladémonos también nosotros, con la imaginación, a esa noche de lucha, en que durante un número reducido de horas,

tantos acontecimientos de orden moral y material, tuvieron lugar. Pensemos primero, en la responsabilidad de ese jefe, que en servicio activo, dispone de las fuerzas del buque que le había confiado la Nación, en favor de un ideal más o menos justo, pero que no era el que le marcaba el deber.

Debiéndose agregar, que ese jefe, era un militar de honor y de carrera, cuyo nombre ya era ilustre en nuestra historia.

Que a esa responsabilidad, se debía agregar, la de apoderarse de la nave gemela, y con ella de su amigo el comandante Ramírez, que sabía era un bravo, y corría el peligro si se resistía, de tener que sacrificar.

Cuantas palabras amargas habrá tenido que escuchar de labios de aquel amigo querido, de aquel compañero de armas, a quien no pudo atraer a su causa y que por el contrario, pretendía retenerlo a él, en el terreno del deber.

Y en esa disposición de ánimo, cuando creía vencidos todos los obstáculos, y con ellos el más difícil de dominar, el de su propia conciencia, que enorme contrariedad, al tener que abandonar uno de aquellos buques, y precisamente, al que más afecto tendría, aquel que estaba bajo su mando desde que el mismo, lo había conducido al país.

Durante esas horas fugaces, viendo con pavor que llegaba la mañana, y que ella debía encon-

trarlo en alta mar, cuantos esfuerzos titánicos se habrán desarrollado para arrancar su buque querido de esa arena maldita, que aliada a sus enemigos, parecía aprisionarlo cada vez más. Y cuando perdida toda esperanza, fué necesario, dar la orden de partir, que congoja, dominaría el corazón de ese valiente, que desde entonces ya podía medir, junto con la magnitud de la acción, la esterilidad del sacrificio.

. . . . . .

XL

Días después de su partida para Montevideo, trasladóse el general Mitre a la costa argentina, desembarcando en el Tuyú. Desde ese momento, tomó el mando de los ejércitos revolucionarios; pero la falta de elementos de movilidad, imposibilitó como se había proyectado, los medios de concentración de todas las fuerzas, permaneciendo éstas estacionadas en tres distintos campamentos, lo que fué causa de que se malograra un triunfo que parecía inevitable.

Todo contribuye a afirmar nuestra creencia, de que el general Mitre, no podía compartir con sus correligionarios políticos ni sus entusiasmos, ni su fe en el éxito de la revolución, y que él había acudido a aquel extremo, contra toda su voluntad y cediendo solo a las exigencias de sus amigos que necesitaban el prestigio de su nombre, para auspiciar aquel movimiento.

Aunque militar, hombre eminentemente civil, pues, siempre y en toda ocasión, durante su larga vida pública, demostró su respeto y amor, a la causa del orden y de la legalidad, debía sentirse deprimido, empequeñecido, al verse él, el exgeneral en jefe de los ejércitos aliados, el

expresidente de la República, él, la figura nacional más sobresaliente de la segunda mitad del siglo anterior, el primer estadista argentino, verse decimos, corriendo esos campos al frente de un núcleo de hombres, más o menos numeroso, mal armados y peor equipados.

Y él, el brigadier general Bartolomé Mitre, que con los elementos y el poder de la Nación, había combatido y vencido a todos los caudillos y jefes de montoneras levantados en armas contra esa misma autoridad que antes él investía, se veía entonces convertido también, en jefe de una agrupación de hombres, elementos inorgánicos, a que la santidad de la causa, le daba el título de revolución.

El general Mitre, en forma condicional, comprometió su palabra de ir a la revolución, en el caso que sus amigos, después del triunfo obtenido, fueran rechazados del congreso; pero nunca pudo esperar, que consumado aquel escándalo, llegara a consumarse también, el sacrificio de sus convicciones, de su tradicional respeto a las leyes y al principio de autoridad.

Su manifiesto de Montevideo, como un desahogo, al llevar a cabo un acto tan contrario a su modo de pensar, decía: *que había declarado que valía más la peor de las elecciones legales, que la mejor revolución,* pareciendo con estas palabras, como si quisiera, al mismo tiempo que protestaba de los hechos producidos, discul-

par ante su propia conciencia, el paso que iba dar.

¿Quién podría describir, la continuada lucha de pensamientos opuestos, que en las horas de vigilia y en la soledad de los campos, nacían y morían, dentro de aquel cerebro afiebrado?

¿Quién, las ideas contrarias que en tropel se sucedían, y en que la patria, la palabra empeñada, las responsabilidades, el sacrificio inútil de vidas, y el pasado glorioso, en un mar de sangre se sumergía?

Y todo, iluminado por la luz siniestra del incendio, la destrucción de las conquistas civilizadoras, y sintiendo el clamor de las viudas, las madres, los huérfanos, que maldecían a los que les arrebataron los suyos.

XLI

En la primera quincena de noviembre, el ejército revolucionario a las órdenes del general Mitre, acampaba en el partido de Juárez, en terreno bien elegido por su situación estratégica, y que por su altitud y pronunciados accidentes, lo convertían en ventajosa posición, para el caso de ser atacado por el enemigo.

En la mañana siguiente al de la instalación de la fuerzas revolucionarias en su nuevo cam-

pamento, el general Mitre, hizo llamar a su presencia al doctor José C. Paz, nombrado auditor de guerra del ejército. Presente éste, le manifestó su resolución de capitular: aprovechando las ventajas de la posición elegida, para obtener condiciones favorables, sobre todo, que se respetara la vida a los jefes y oficiales de línea a sus órdenes.

La sorpresa del doctor Paz, al oír tan inesperada resolución no tuvo límites, quedando por un momento sin tener que contestar.

Obtenido el permiso de responder, el doctor Paz, manifestó que le extrañaba lo resuelto por el señor general en jefe, pues no veía razón alguna que autorizara a tomar medida tan extrema, no

habiendo tenido lugar aun, ninguna acción militar que pusiera en contacto las fuerzas del gobierno con las de la revolución, que ésta no solo dominaba gran parte de la provincia de Buenos Aires, sino en algunas del interior, y que en aquel momento, ya debía haber sido invadida la de Entre Ríos, lo que haría muy difícil al ejército nacional, poder actuar eficazmente, en puntos tan distintos a la vez. Que la causa de la revolución, simpática al pueblo argentino, y especialmente al de la provincia de Buenos Aires, todavía no había recibido el concurso que la opinión le podía aportar y que no era posible malograr todos los sacrificios, todos los compromisos contrai-

dos, en que tantos amigos habían perdido sus posiciones y truncado su carrera, firmando una capitulación, a que causa alguna parecía obligar.

Que los ejércitos de la revolución, aun no habían operado su concentración, pudiendo, mientras ésta no se realizara, evitar el contacto de las fuerzas enemigas, hasta poder batirlas con la seguridad del triunfo. Agotados estos argumentos, que el doctor Paz veía no impresionaban mayormente a su ilustre interlocutor, manifestóle, que por su parte, él tenía un plan que deseaba presentar al señor general. Invitado a exponerlo, dijo:

Que en aquellos momentos el ejército contaba con un efectivo

de fuerzas de línea, que llegaba a mil quinientos hombres, que si a cada uno de éstos, se les suministraba dos y aun tres caballos de tiro, podían corriéndose por los puntos menos poblados de los partidos limítrofes, hacer una marcha rapidísima hasta Altamirano, donde tenían la seguridad de encontrar máquinas y elementos de transporte por ferrocarril; que haciendo volar el puente del Río Salado, dejaban del lado opuesto las fuerzas de la Nación, que en esa zona existían.

Efectuada esta operación, se pondrían en marcha por la línea férrea, hasta desembarcar en Constitución, sorprendiendo a la ciudad desguarnecida de tropas, y donde las fuerzas popula-

res engrosarían inmediatamente las filas de la expedición. Las autoridades nacionales prisioneras, serían el premio de este atrevido movimiento, que él se ofrecía a llevar a término feliz.

El general Mitre que lo había escuchado atentamente, le contestó: que su resolución estaba tomada y que se proponía capitular.

El doctor Paz pidió permiso para retirarse del ejército, manifestando su intención de trasladarse a Montevideo.

Concedido éste, al día siguiente, montaba a caballo, acompañado de su ayudante el joven Adolfo E. Dávila y seis hombres de tropa, los que al llegar al Tuyú, se habían convertido en cuatrocientos.

XLII

Días después, el general Mitre, abandonaba su campamento de Juárez, poniéndose en movimiento con su ejército, en dirección noroeste. A cierta altura de su marcha, tuvo conocimiento que unas fuerzas del gobierno se hallaban acampadas en las cercanías de su derrotero.

Averiguado su número, y en conocimiento de su poca importancia, resolvió batirlas a fin de no dejar enemigo alguno a retaguardia.

Aquellas fuerzas, eran las del

teniente coronel Arias, quien había sido destacado por el gobierno en esa parte de nuestra campaña, no con el propósito de batir al ejército revolucionario, pues era muy reducido el número de tropas a sus órdenes, sino con el de efectuar un simple reconocimiento.

El campamento del comandante Arias, se encontraba situado dentro de un potrero zanjeado, de la estancia conocida por *La Verde.* Al darse cuenta éste, de la proximidad de las fuerzas del general Mitre, organizó la resistencia, distribuyendo sus fuerzas, en la zanja que , como decimos, rodeaba el potrero.

Nunca pudo esperar que vencería con las pocas tropas de que

podía disponer, las numerosas del ejército revolucionario, siendo su única aspiración, defenderse hasta el último momento, y vender cara su vida y la de los que los acompañaban.

Sin embargo, la suerte de las armas, les fué propicia, y aquel puñado de hombres resultaron vencedores, llevando a cabo una hazaña, que ellos fueron los primeros, que no esperaban realizar.

Es cierto, que la superioridad del armamento de que estaban provistas las tropas gubernistas equilibraban hasta cierto punto, sino el número, por lo menos, el poder ofensivo de ambos ejércitos contendientes, pues mientras los revolucionarios disponían del

antiguo fusil de fulminante, de cargar por la boca, los del gobierno contaban con el *remington,* recién llegado al país, y que allí se estrenaba, desgraciadamente, entre argentinos.

Es cierto también, que los propósitos de que estaba animado el general Mitre, y que ya conocemos por habérselos manifestado al doctor Paz, así como su repugnancia al derramamiento de sangre, no pudieron permitir, que desplegara en su ataque todos los medios estratégicos, de que él era capaz de disponer, así como la energía e impetuosidad que se debía esperar.

XLIII

El 26 de noviembre de aquel año, tenía lugar la batalla de *La Verde,* donde las fuerzas al mando del teniente coronel José Inocencio Arias, después de ser atacadas, vencían al ejército del general Mitre. Este, perseguido y rodeado, firmó su capitulación, donde declaraba nuevamente, como lo había hecho en su proclama de Montevideo, que asumía sobre sí, las responsabilidades del movimiento.

Días después, el vencedor de *La Verde,* ya coronel, pues había

sido ascendido sobre el campo de batalla, hacía su entrada triunfal en esta ciudad.

Pocas veces el pueblo porteño ha tenido ocasión de prodigar sus aplausos, el homenaje de sus ovaciones a ejército vencedor de proporciones más reducidas, pues él se componía de dos compañías del 6 de línea y de dos batallones jefes los tenientes coroneles de milicias, Francisco B. Bosch y Daniel de Solier, fueron incorporados también, sobre el campo de batalla y con el mismo grado, al ejército de la Nación.

Al frente de esta pequeña fuerza, el coronel Arias, bien montado, y luciendo sobre su joven y elegante figura, las insignias de su nuevo grado, era el

punto de mira, que atraía sobre sí, las atenciones de aquella brillante recepción.

Algunos balcones de la calle Florida estaban desocupados; en cambio, muchos rebozaban de nuestras damas porteñas más distinguidas, que arrojaban con frenesí, sobre el héroe del día, flores, ramos y coronas.

Quizá algunas, quizá muchas, serían mitristas; pero si concluída la revolución, no corrían peligro el esposo, el hijo, el hermano, los seres queridos, que en uno u otro bando tomaban parte en aquella guerra fratricida ¿qué les importaba que fueran vencidos o vencedores, si lo eran por sus propios hermanos, y no en lidia contra el enemigo extranjero?

El pueblo argentino no guarda enconos, las luchas civiles pronto se olvidan, el enemigo de hoy es el amigo de mañana, mientras que los que en ella caen inmolados persiguiendo un ideal, no siempre justo, ni aun dejan a los suyos, el consuelo de decir que murieron por la patria, pues, ella lo es tanto de la víctima como del victimario.

El buen pueblo, siempre dispuesto a aplaudir al que triunfa, y cuyo instinto que difícilmente se engaña, le hacía esperar de aquel trascendental acontecimiento una era feliz y de prosperidad, después de la noche tenebrosa de luchas políticas y armadas porque durante tan largo período había pasado, y

en que el movimiento del país, sino retrocedido, seguramente se había paralizado; el pueblo, decimos, rodeaba al coronel Arias, y a su puñado de valientes, y en masa compacta con ellos, marchaba delirante, haciendo vibrar el espacio con sus aplausos, vivas y entusiastas aclamaciones.

. . . . . .

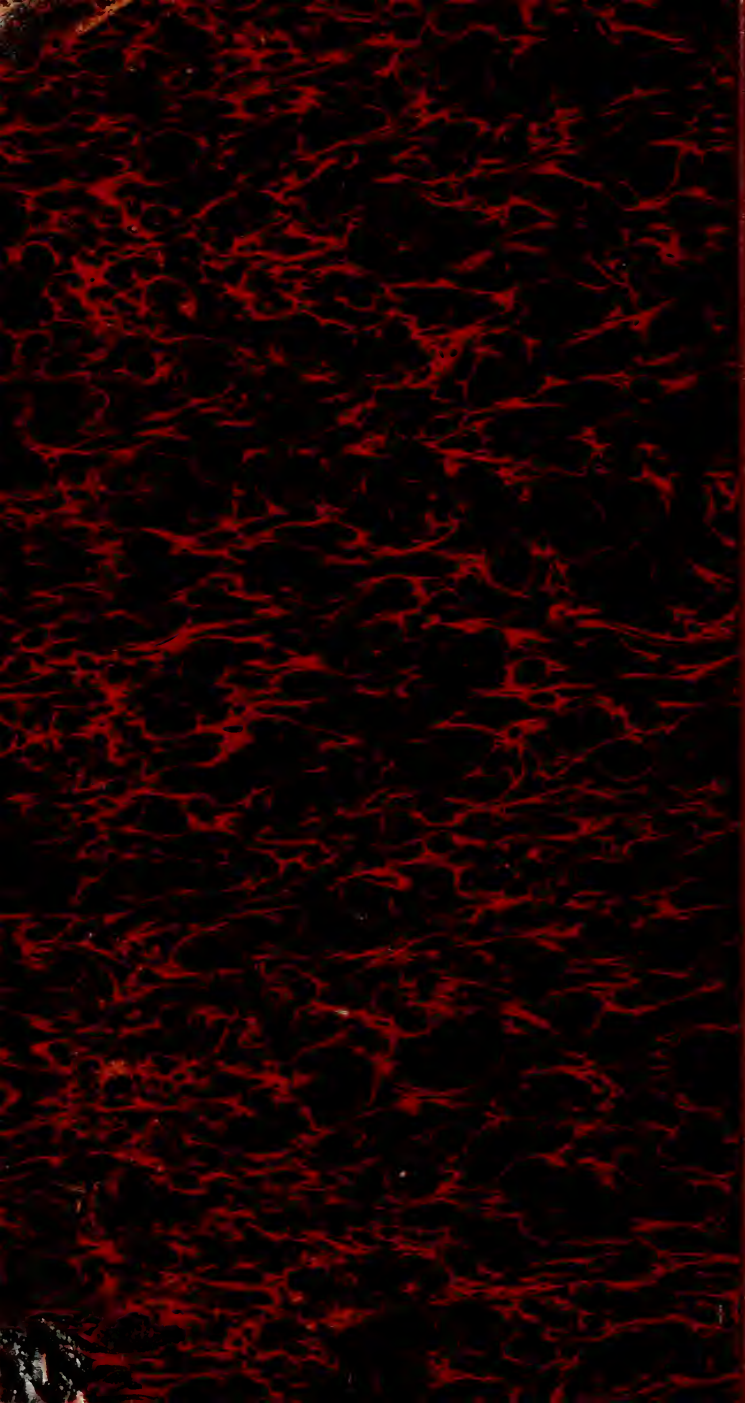
Mientras el héroe de tantas inmarcesibles glorias, el defensor tenaz y apasionado de nuestra unión nacional, el prisionero de *La Verde,* recluído en el cuartel del Retiro, donde quizá llegara el eco de las ovaciones tributadas a su afortunado vencedor, meditaría en su humilde y desmante-

lada celda, sobre la fugacidad de la gratitud de los pueblos.

Pues él, el argentino ilustre, que más autoridad concentró en su noble mano, sin que jamás torpe idea de abuso, empañara su mente esclarecida, también había sido como nadie, merecidamente ovacionado y ahora, era testigo de su propio infortunio, y del abandono de que le hacía objeto, ese pueblo tan querido.

Y aquel gran ciudadano, en cuyo pecho parecía que se anidaran todas las noblezas del alma patria, y palpitara el corazón del pueblo argentino, era sometido a un consejo de guerra, en que llegó la pasión política de la época, hasta haber quien solicitara la pena de muerte, para ese

gran reo, ese gran criminal, que tomaba sobre sí, los aciertos o errores de su partido.

Agosto de 1914.

IMPRENTA NACIONAL
VICTORIA 1824